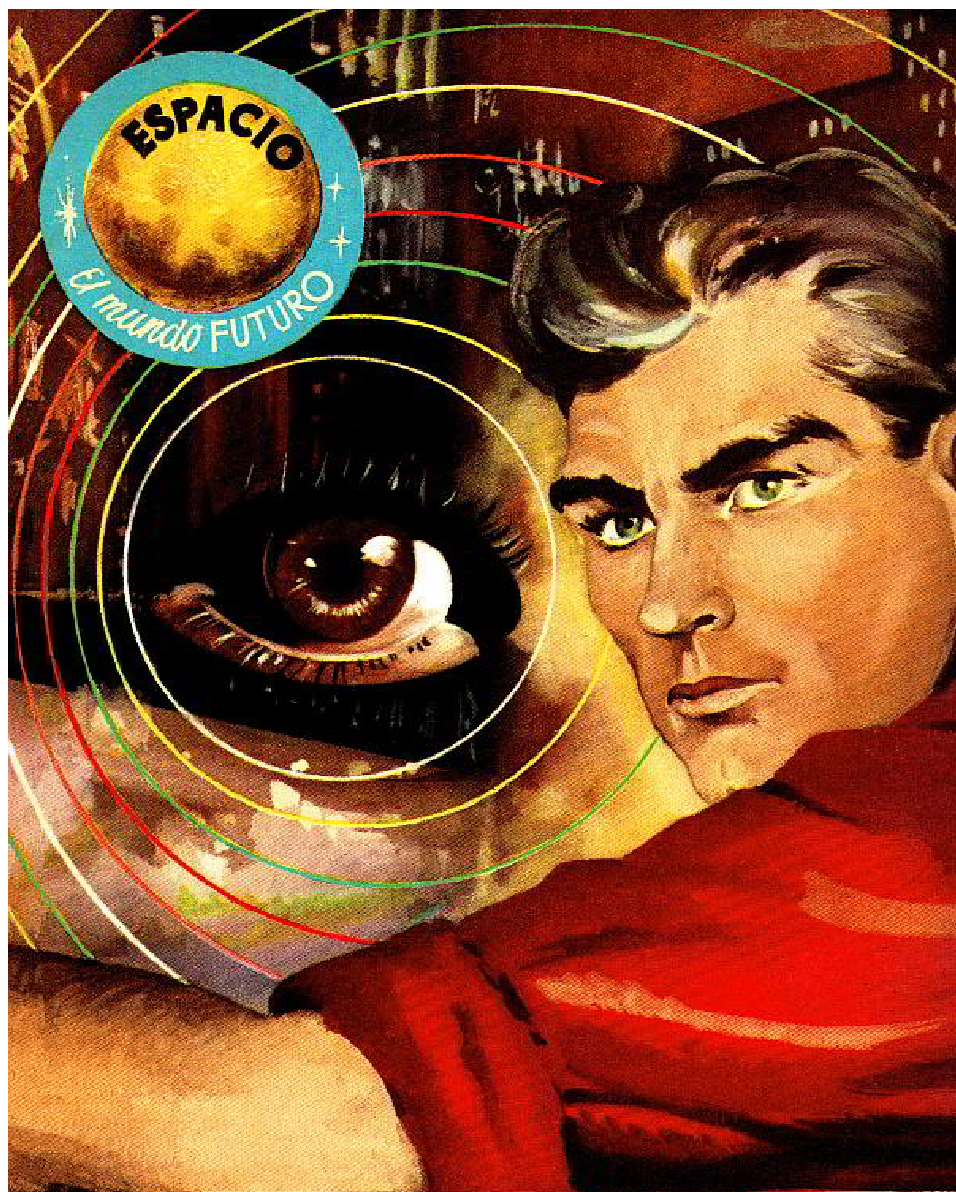


EL PODER SUPREMO

CLARK CARRADOS

Por unos momentos permaneció en el lecho, con los ojos cerrados, tratando de dominar a fuerza de voluntad aquel torturante dolor. Sintió que el sudor le corría por las sienes en menudos arroyuelos, e igualmente percibió las palmas de sus manos cubiertas de transpiración.

Al fin se levantó, vacilando como un beodo, sin poder soportar aquel tormento. Dio unos pasos por la habitación, en medio de la suave penumbra que causaban las luces de la ciudad, apretándose la frente con ambas manos.

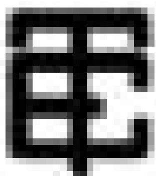
Una violenta náusea le subió garganta arriba cuando el dolor emitió una particular arremetida. Sin fuerzas para soportarlo, se dejó caer de rodillas sobre el mullido pavimento de esponja del dormitorio.



Clark Carrados

El poder supremo

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 190



ePub r1.0
Lds 25.12.18

Título original: *El poder supremo*
Clark Carrados, 1960
Cubierta: Sanfili
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



EL PODER SUPREMO



CAPÍTULO PRIMERO



e despertó en la noche con un lancinante dolor de cabeza, que le hizo sentirse como si un hierro al rojo vivo le atravesase el cerebro.

Por unos momentos permaneció en el lecho, con los ojos cerrados, tratando de dominar a fuerza de voluntad aquel torturante dolor. Sintió que el sudor le corría por las sienes en menudos arroyuelos, e igualmente percibió las palmas de sus manos cubiertas de transpiración.

Al fin se levantó, vacilando como un beodo, sin poder soportar aquel tormento. Dio unos pasos por la habitación, en medio de la suave penumbra que causaban las luces de la ciudad, apretándose la frente con ambas manos.

Una violenta náusea le subió garganta arriba cuando el dolor emitió una particular arremetida. Sin fuerzas para soportarlo, se dejó caer de rodillas sobre el mullido pavimento de esponja del dormitorio.

No gritó porque sabía que esto era perfectamente inútil. Pero jadeó en busca de un aire que ciertamente no le faltaba y su pulso se duplicó casi con la violencia del ataque.

Tampoco intentó dominarlo a fuerza de medicamentos, ya que conocía por propia experiencia que todo cuanto hiciera en este sentido era perfectamente inútil. Sabía de sobra que no le quedaba otro remedio que aguantar las oleadas de dolor hasta que éste quisiera marcharse.

El dolor aumentó hasta límites realmente insufribles. Manchas vivísimas de todas las formas y de todos los colores del espectro aparecieron ante sus doloridas pupilas que parecían ir a saltársele de las órbitas. Un nuevo ataque resultó tan fuerte que, incapaz de resistirlo, se revolcó por el suelo como un poseso, espumajeando y rechinando los dientes de modo estremecedor.

Y de pronto, un cegador estallido de luz le deslumbró. Le pareció como si en la oscuridad del dormitorio hubiera reventado el propio sol. O como si una potentísima bomba hubiera estallado dentro de su cráneo.

Cayó de espaldas, quedando tendido en el suelo, jadeante, convulso, empapado de sudor, sin ánimos para mover un dedo tan siquiera, pero libre, libre al fin de su tortura.

El dolor había desaparecido.

Alan Kyne ya había experimentado antes, más de una vez, esta misma sensación, pero nunca —tanto en el período doloroso como en el de alivio—, tan profunda. Era como si un hacha invisible hubiera cortado las amarras que ataban su cerebro al centro emisor de los dolores, haciendo cesar éstos instantáneamente.

Y ahora ya no sentía nada, excepto una extraña lucidez. Por decirlo así, veía en las tinieblas.

Todos los detalles de la habitación le aparecían fácilmente distinguibles. Incluso, desde el lugar en que se encontraba, podía ver con toda claridad la serie de pinceladas que tapaban un estropicio en el ángulo inferior izquierdo de un cuadro que tenía al lado de la cama. Y la trama del tejido de las sábanas la veía perfectamente. Y aquella K ligeramente ladeada en el rótulo del lomo de un libro que, en unión de otros varios, descansaba en un estante frontero, también. Y otras muchas cosas para ver las cuales hubiera necesitado ponérselas bajo las mismas narices y a plena luz,

en lugar de hallarse a tres o cuatro metros de distancia y a medianoche.

¿Qué le ocurría? ¿Por qué le sucedía aquello tan nuevo? ¿Por qué se había vuelto tan hiperestésico de repente?

Levantó la mano y, poniéndola ante sus ojos, percibió claramente la minúscula cortadura que se había hecho aquella mañana al intentar afilar un lápiz. Una cortadura innocua, puesto que ni siquiera había sangrado; apenas si había interesado las capas más externas de la piel. Y ahora veía todos los detalles con la mayor perfección. Incluso podía divisar minúsculos haces de nervios seccionados por la cuchilla, tan pequeños, que apenas si influenciaban el cerebro, como igualmente algunas venillas de un tamaño tan diminuto que ni, a simple vista, parecían capaces de dejar pasar la sangre.

Y todo esto él lo veía ahora con esplendente claridad, como si sus pupilas tuviesen un poder de microscopio, aumentando naturalmente de por sí el tamaño de las cosas e iluminándolas además, pese a la obscuridad.

Pero casi lo más importante para Alan era que el dolor le había desaparecido. Lo otro suponía era una consecuencia, fácilmente extinguible por otra parte, de sus terribles migrañas, y de la cual no le quedaría el menor rastro a la mañana siguiente.

Se levantó, advirtiendo una notable ligereza en todos sus miembros. De modo maquinal se encaminó a la ducha. Apretó el botón y al instante un chorro de agua, subdividido en miles de fluidísimos y poderosos hilos, cayó sobre su cuerpo.

La tela del pijama se disolvió en una jabonosa espuma, yéndose por el sumidero. Alan se frotó vigorosamente el cuerpo, notando un bienestar como jamás había sentido. En aquel momento supo con toda certeza que los horripilantes dolores de cabeza no le volverían jamás.

Cortó el agua y apretó un botón. Un chorro de aire caliente brotó de un agujero instalado junto al del agua, secándole en escasos segundos. Después, calzando unas zapatillas de baño, se dirigió al ropero y tomó un nuevo pijama.

Fresco y descansado como había años que no lo había estado, se encaminó a la cocina. Le bastó apretar unos cuantos botones para tener, treinta segundos más tarde, una aromática taza de café en la

mano.

Sorbió la infusión y volvió al dormitorio. Prendió fuego a un cigarrillo y quedó en pie, junto al amplio ventanal que le proporcionaba una singular vista de la ciudad.

Tenía la casa instalada en las alturas de Beverly Hills. Era un tanto anticuada en su estilo arquitectónico —pertenecía a las postrimerías del siglo XX— pero había sido reformada y modernizada en lo relativo a los accesorios de servicio. El ventanal estaba instalado en un saliente que parecía colgar sobre el terreno, con tres de sus caras totalmente encristaladas. La cuarta pertenecía, naturalmente, al dormitorio, aunque los vidrios estaban polarizados para hacerlos opacos desde el exterior cuando convenía.

A lo lejos se divisaba la gran aglomeración urbana de Los Angeles, extendiéndose hasta perderse de vista en todas direcciones. Era una vista fabulosa y tan sólo por ello, debido a la excepcional ubicación de la casa, ésta tenía un valor enorme. O el terreno en que estaba construida, según se mirase. Alan no hubiera podido adquirirla nunca con su modesto sueldo de oficinista, pero una herencia inesperada le había hecho poseedor de aquello que él consideraba como una joya de inigualable valor. Muchas ofertas le habían sido hechas, pero él las había rechazado todas con la misma tenacidad que habían empleado los oferentes en la adquisición del edificio.

Permaneció fumando durante unos minutos, contemplando, sin cansarse, el espectáculo de la ciudad, más allá de la cual se veía el brillo del mar devolviendo los chispazos de las estrellas. Era un espectáculo que no le cansaba y, esperaba, no le cansaría jamás contemplar.

Súbitamente, alguien le llamó.

Todo su cuerpo se envaró al percibir la voz.

«—¡Ven, ven!».

Se volvió, girando en redondo sobre sí mismo. Por unos momentos, temió que alguien se hubiera introducido subrepticiamente en la estancia, pero al instante comprobó que estaba solo.

Se pasó la mano por la frente. Sin duda, eran los rastros del dolor de cabeza… pero ¡qué extraño!, hubiera jurado que el sonido se había producido en el propio dormitorio.

«—Tienes que venir, Alan Kyne».

La voz se repitió. Alan se echó a temblar.

—¿Quién anda ahí? —gritó en voz alta.

Nadie le contestó. Sabía que la estancia estaba absolutamente desierta, pero, para mayor seguridad, encendió la luz, no sin polarizar antes los ventanales, para no ser visto desde afuera. Dio el grado máximo de polarización al vidrio, de tal forma que una persona que mirase desde el exterior no podría asegurar si la luz estaba apagada o encendida.

Temblando por un sentimiento que no pudo identificar —no era miedo precisamente—, salió del dormitorio y recorrió el resto del edificio, comprobando visualmente que estaba solo, absolutamente solo.

Retornó a su habitación, hondamente preocupado. Sólo le faltaba ahora que empezase a ver —y oír— alucinaciones. Porque la voz había sonado, de ello no le cabía la menor duda.

Además, también estaba seguro, era una voz femenina, dulce, insinuante, cariciosa. De no haberse encontrado tan aturdido. Alan hubiera dicho que era la perversa llamada de una sirena, mas en aquellos momentos se sentía incapaz de hacer tal comparación.

Decidió que un trago era lo que más le convenía en aquellos momentos. En un ángulo del ventanal había un pequeño bar. Tomó una botella y un vaso, llenando éste casi hasta el borde.

Lo vació de un golpe. El licor le corrió por la garganta, infundiéndole un dulce calorcillo y una mayor resolución en su ánimo. Pero le disgustó observar una falla en el vidrio de la copa. —Bohemia legítimo, no sintetizado—, que había heredado junto con la casa. Dedujo que aquella minúscula burbuja, tan pequeña que era imperceptible a simple vista, podía pasar inadvertida para quien careciera de su agudeza visual y tal pensamiento le tranquilizó.

Apagó la luz y volvió el cristal a su primitivo estado. Nuevamente volvió a hacerse visible la iluminada ciudad.

Encendió otro cigarrillo y se preparó una segunda copa. Tenía ya los labios junto al vidrio cuando la voz sonó nuevamente.

«—Ven, Alan Kyne. Ven y únete a nosotros».

La mano le tembló convulsivamente y se vio obligado a dejar la copa en el mostradorcito. Incluso sus dedos se sintieron incapaces

de sostener el leve peso del cigarrillo.

«—No nos conoces, pero vendrás, Alan Kyne. Tú eres de los nuestros. Hace tiempo que te estamos observando. Ven con nosotros y triunfa».

—¿Quién está ahí? —aulló, lívido, temblando como un azogado; y de pronto se dio cuenta de un hecho que hasta entonces le había pasado inadvertido.

La voz sonaba dentro de su cerebro.

«—No estamos ahí contigo, pero estamos a tu lado, Alan. Tú eres de les nuestros. Ven, ven».

El joven se apretó las sienes con ambas manos, como si temiera un estallido de su cráneo.

—¿Quién eres? —preguntó, en voz alta.

«—No me conoces, no sabes quién soy; pero yo sí te conozco a ti, Alan Kyne».

—¿Dónde estás? —preguntó el joven.

«—¿Qué importa eso ahora? Lo interesante es que, al fin, he logrado romper la coraza que blindaba tu cerebro…».

—Entonces —interrumpió Alan a la voz—, ¿eras tú el que me causaba tales dolores de cabeza?

«—Sí, y lo siento verdaderamente —le contestó la voz—. Pero ya no volverán más; puedo asegurártelo».

—Hay muchas cosas que no acabo de comprender. Por ejemplo, ¿eres hombre o mujer?

«—¡Qué importa eso ahora, Alan! Dejémoslo correr. Lo verdaderamente importante es que hemos conseguido entablar contacto y que ya eres de los nuestros. Lo demás se te dará por añadidura».

—¿De los vuestros? No lo acabo de entender. ¿Qué quieres decir con tales palabras?

«—Ten un poco de paciencia. Todo te será explicado a su debido tiempo. Y, mientras tanto, aguarda de nuevo mi segunda llamada».

—¿Cuándo la harás? ¿A qué hora?

«—Cuándo no lo sé. Depende de las necesidades de… bueno, ahora no puedo entrar en explicaciones. En cuanto a la hora y al momento es indiferente. Puedo hacerlo en el momento que lo desees, estés donde estés».

—No sé quién eres —dijo Alan—, pero ¿puedo confiar en verte

algún día?

El joven creó oír resonar una carcajada en el interior de su cerebro.

«—¡Oh, claro que sí! De lo contrario, ¿qué objeto habrían tenido tantos esfuerzos para entrar en relación contigo? Pero no te preocupes por ello, Alan. Ahora ve a dormir y descansa. Mañana necesitarás de todas tus fuerzas».

Impulsado por algo a lo que no podía resistirse. Alan caminó hasta el lecho y se tumbó en él. Una vez más intentó trabar contacto con el dueño de la voz misteriosa.

—¿No puedes decirme cuándo volverás a llamarme? Me gustaría verte y conocerte.

«—Todo se andará a su debido tiempo, Alan Kyne. Ahora, duerme, duerme… duerme… duerme…».

Y se durmió.

Fue un sueño sosegado y pacífico, ausente de toda clase de dolores y alucinaciones, profundo y reparador, que le duró hasta las siete de la mañana, en que se despertó súbitamente.

Lo primero que notó fue la ausencia de todo torpor. Ordinariamente, como la mayoría de las personas, permanecía unos momentos en estado de semiinconsciencia, hasta adquirir el pleno conocimiento de cuanto le rodeaba. Pero ahora pasó del sueño a la vigilia, sin transición alguna, en una décima de segundo tan sólo.

Saltó de la cama y corrió hacia la ducha. Abrió los ojos cuando estaba bajo el agua y frunció el ceño al ver los millones de microorganismos que pululaban en las gotas del líquido. Esto le hizo salirse de la ducha de un salto.

Permaneció unos momentos en el centro del cuarto de baño, pálido y tembloroso, dudando de la estabilidad de sus sentidos. Pero casi al instante recordó lo que le había sucedido la noche anterior: el violento dolor de cabeza, el estallido de luz, la agudeza de percepción y, por fin, el diálogo con aquella voz desconocida.

Miró en torno suyo. Ahora veía todas las cosas bajo un prisma nuevo: los menores detalles le aparecían tan claros como si alguien se los enseñase bajo un microscopio: las fallas en las junturas de las baldosas de plástico, aparentemente perfectas, suciedad en el agua transparente, el grueso grano del jabón que parecía tan suave al tacto y muchas otras cosas más que le hicieron pensar

profundamente.

Se vistió con lentitud, hondamente preocupado. Quería no dar crédito a lo ocurrido durante la noche, pero, al mismo tiempo, sabía perfectamente que todo había sido verdad, que no se trataba de ninguna alucinación o pesadilla.

Una vez vestido, desayunó. Las exigencias de su estómago acallaron las protestas de su vista, al ver las numerosas imperfecciones que ahora le aparecían claramente visibles en los alimentos. Logró comérselo todo, después de lo cual arrojó vasos y vajilla por el incinerador.

A continuación se dispuso a salir, observando con terror que ya iba muy retrasado. Se espantó, pensando en que su patrón, el señor Kornett, le iba a echar una filípica de órdago y se dirigió a todo correr hacia la puerta.

La abrió y en el mismo momento, una silueta se dibujó bajo el dintel.

Durante unos segundos, Alan contempló al hombre que tenía frente a sí, de mediana estatura, fornido y dueño de un rostro inexpresivo, a no ser por el brillo inusitado de sus negras pupilas.

—El señor Alan Kyne, según presumo —dijo el individuo.

—El mismo —respondió el joven—, pero ahora me habrá de dispensar si no le compro nada. Voy a llegar tarde a la oficina y…

—No se preocupe —dijo el recién llegado—. Seré breve y, por otra parte, su patrón, el señor Kornett, está ya advertido de que usted acaso no acuda a su trabajo. No le dirán nada, descuide, señor Kyne.

El joven frunció el ceño.

—Parece estar muy enterado de mis asuntos, señor…

—Llámeme Hickens, señor Kyne. Sí, estoy enterado de sus asuntos. Lo exige mi profesión.

—¿Su profesión? —exclamó Alan, estupefacto.

—Justamente. Soy agente de la Psicopolicía, señor Kyne.

CAPÍTULO II



sicopolicía —repitió estupefacto, Alan.

—Así es y así se llama esta rama de la Seguridad Nacional, señor Kyne. ¿Un cigarrillo?

Alan lo tomó, encendiéndolo maquinalmente. Estaban sentados en el gran diván que se extendía por toda la base del ventanal que ocupaba la mayor parte de la fachada del edificio.

—Tiene usted una casa estupenda, señor Kyne —elogió Hickens.

—La heredé —respondió mecánicamente el joven.

—Es cierto. Hemos investigado también ese punto de su vida y sabemos que no miente. Pero hay otros asuntos, en cambio, para aclarar los cuales quisiera que usted me prestase su más leal cooperación.

Alan frunció el ceño.

—No lo entiendo, Hickens —dijo.

Éste meditó un segundo.

—Verá —respondió el psicopolicía—, estoy seguro de que usted no nos ha oído nombrar nunca, ¿no es así?

Alan asintió.

—La psicopolicía, como ya le he dicho, es una rama de la Seguridad Nacional, pero tan secreta, que sólo muy contadas personas tienen conocimiento de su existencia, aparte de quienes pertenecen a ella, por supuesto. Y usted también ahora —sonrió el agente.

—No comprendo las razones de la existencia de tal organismo —objetó Alan.

—No debiera existir —suspiró Hickens—, pero es así. En los últimos años, pongamos unos cincuenta, la civilización ha progresado lo suficientemente para mostrarse más inconforme con los adelantos científicos meramente técnicos y mecánicos. El hombre nunca está contento con lo que tiene; siempre quiere más y más. Prácticamente, hemos alcanzado el techo de la civilización en lo que se refiere, como ya he dicho, a la parte estrictamente científica. Pero aún queda algo inexplorado, algo en lo cual apenas si se ha trabajado, algo en donde, en fin, hay mucho espacio que recorrer antes de llegar a la meta, y hacia ahí es donde están dirigidos, ahora, los tiros de esos que pudiéramos llamar expertos y científicos. Me refiero, naturalmente, a los poderes del cerebro humano.

—La mente —murmuró Alan.

—Usted lo ha dicho, Kyne —contestó Hickens—. La mente. El poder del cerebro. He ahí el objeto de esos individuos.

Alan se encogió de hombros.

—Bueno, pero yo no veo qué relación pueda tener todo lo que usted me ha dicho conmigo.

Hickens endureció su expresión.

—La tiene, y mucho más de lo que usted se cree, Kyne. Esos individuos buscan subyugar el mundo para someterlo a sus apetitos.

—¡Fantasías! —exclamó Alan, muy enojado.

—Nada de fantasías, amigo Kyne. Realidades y bien estrictas, además. No sabe usted lo que es capaz un individuo dotado de un supercerebro, que puede penetrar impunemente en los pensamientos de los demás, adivinándoles todo lo que éstos van hacer, cuándo lo van a hacer y cómo lo van a hacer. Un individuo,

mejor dicho, una serie de individuos dotados de ese fantástico poder de adivinación, al cual hay que unir la enorme ventaja que les supone el poder comunicarse entre sí en cualquier momento y sea cual sea la distancia que les separe, podrían convulsionar al mundo de tal manera, que el orden actualmente establecido sería rebatido totalmente, sin que nada ni nadie pudiera evitar tal catástrofe. Y para evitarla, precisamente, ahora que es tiempo, se ha creado la Psicopolicía, a la cual pertenezco yo.

Una sonrisa de desdén se dibujó en los labios del joven.

—No le creo, Hickens. ¿Por qué no me lo demuestra usted prácticamente?

—¿A qué se refiere al decir esa palabra?

—Pues… algo que se vea y se pueda tocar. Por ejemplo, una credencial, una tarjeta de identidad.

Hickens meneó la cabeza despacio.

—Los psicopolicías no llevamos nada de eso. Todo el que nos escucha ha de fiarse de nuestra palabra, Kyne. Y ayudarnos, además.

—No veo en qué le puedo ayudar yo, Hickens.

—A ello voy, porque todo lo que le he contado antes era solamente el preámbulo de lo que tengo que decirle. Sabemos, no es preciso decirle qué medios hemos empleado para ello, que usted posee una receptividad mental poco común. Su cerebro tiene una agudeza de percepción realmente fantástica y no nos extrañaría que esos individuos quisieran echar mano de usted para sumarle a la ya larga lista de sus prosélitos. Nosotros, es decir, la Psicopolicía, tratamos de evitar que suceda tal cosa, por bien de la Humanidad.

—Creo que está diciendo muchas inconveniencias, no sólo en general, sino también en particular, es decir, referidas a mí —contestó hoscamente el joven—. ¿Por qué supone que yo me he de unir a esos que usted tacha de criminales?

—Ya le he dicho que hace tiempo que venimos observándole, Kyne. Y no es usted el único que tenemos bajo observación. La Psicopolicía tiene el brazo muy largo, aunque usted pueda creer todo lo contrario.

—¿Y en qué se basan para suponerme tales cualidades?

Hickens sonrió.

—¿Qué es lo que tengo yo en la mano en este momento?

La mirada de Alan se dirigió instintivamente hacia el brazo derecho de su singular oponente. El joven se dio cuenta de que tenía la mano metida en el bolsillo de la chaqueta, mas, a pesar de todo vio un encendedor automático encerrado entre los dedos curvados. No lo vio con los ojos físicos, sino con los de su cerebro.

Tragó saliva fuertemente, procurando dominarse.

—Usted está de broma, Hickens —dijo con tono débil.

El psicopolicía volvió a reír.

—Sabe perfectamente lo que tengo ahora en la mano, pero no quiere decirlo. Es igual, Kyne, no tiene importancia. Lo que sí la tiene es la pregunta que voy a hacerle ahora mismo. Contésteme sin vacilar, sea cual fuere su respuesta, ¿estamos?

Alan movió la cabeza afirmativamente.

—Tenga en cuenta, antes de responder —siguió el psicopolicía —, que éste es un requerimiento oficial. No hay papeles, no hay grabadores de sonido, no hay nada que pueda dejar constancia de la conversación que sostenemos, porque así obra siempre la psicopolicía, pero no por ello la pregunta que le voy a hacer deja de tener el carácter citado. Y además, es un dilema el que le voy a plantear, Kyne. ¿Está usted con nosotros o contra nosotros?

Hubo una tensa pausa de silencio.

«¡No!».

—No —confirmó el joven. Apretó las mandíbulas fuertemente, como si con ello quisiera impedir que Hickens le viera en el rostro la orden mental que acababa de recibir.

—Entonces —sonrió el agente—, está contra nosotros; es decir, con esa banda de desalmados que quieren dominar el mundo y someterlo a sus caprichos.

Alan se puso en pie.

—Creo que ya hemos hablado demasiado, Hickens. Considero todo lo que me ha dicho como una farsa y solamente la educación y el hecho de que se encuentre bajo mi techo, me han impedido arrojarle de aquí. No creo en la Psicopolicía ni en todo lo que me ha contado, ni mucho menos creo en que haya un grupo de personas que quieran someter al mundo a sus caprichos. Y ahora, si me lo permite, tengo que ir a la oficina.

—Está cometiendo un error, Kyne, un error gravísimo —exclamó Hickens.

—En todo caso, la responsabilidad es mía. Y es gracias a su buen comportamiento y que, a fin de cuentas no me ha dicho nada ofensivo, es por lo que le dejo irse en paz, en lugar de llamar a la policía auténtica. Sí, ésa de porra y pistola. ¡Buenos días, Hickens!

Éste le miró desde la puerta.

—Tendrá noticias mías, Kyne. ¡Buenos días!

La puerta se cerró y el joven se quedó solo en el vestíbulo, profundamente pensativo por lo que acababa de sucederle. Le había dicho claramente a Hickens que no creía en la Psicopolicía, pero estaba seguro de que tal organismo existía. Y el solo pensamiento de su existencia le estremeció profundamente.

¡Una policía dedicada a investigar el interior psíquico de las personas! Esto era algo realmente terrorífico, espeluznante, pues, aun admitiendo que su creación se debiera a la necesidad de combatir a aquellas personas que supuestamente deseaban apoderarse del mundo, podía ocurrir que las derrotasen por completo, pero lo difícil sería después disolver tal organismo.

Después de las batallas, físicas o anímicas, no habría nadie que se atreviese a enviar a los agentes de la psicopolicía a sus primitivas ocupaciones; por el contrario, el que gobernase en aquellos momentos tendría una palanca más en qué apoyarse para conservar el poder.

Todo aquello le horrorizó, pues fácilmente comprendía el alcance de lo que podía ocurrir en un sentido o en otro. Y él se veía mezclado en aquellas luchas, que todavía no alcanzaban el grado de escaramuzas, contra su voluntad. ¿No podría salirse de ello antes de que fuera demasiado tarde?

De pronto se dio cuenta de que el día había avanzado ya notablemente. Eran ya más de las ocho y, aun contando, según Hickens, con la benevolencia de su jefe, el caso era que estaba faltando.

Llegó a la oficina en un tiempo «récord». Se dirigió a su mesa y una vez estuvo tras ella reparó en un ancho sobre de papel manila dirigido a su nombre.

Lo tomó, sopesándolo al mismo tiempo que fruncía el ceño. Durante unos momentos permaneció quieto y de pronto, sin abrirlo, supo que aquel sobre contenía su despido, más la paga del mes corriente y la indemnización legal.

Por unos momentos no supo qué hacer. ¿A qué se debía todo aquello? Bien era cierto que Kornett nunca le había demostrado simpatía, pero él había procurado comportarse en todo momento como un empleado activo y trabajador, consiguiéndolo, según su propia estimación al menos. Y aquel despido no cuadraba demasiado con las frases de Hickens, relativas a la benevolencia de su superior.

De pronto se dio cuenta de que algunos de sus compañeros de oficina le estaban mirando con aire entre divertido y compasivo. Enderezó los hombros.

Ahora ya sabía que, efectivamente, la Psicopolicía tenía el brazo muy largo. Él, por consejo de la voz misteriosa, se había negado a colaborar, y ellos habían tomado una determinación. Todo había sido muy rápido y, sobre todo, sorprendente. La Psicopolicía había golpeado primero. ¿Le correspondería a él asestar el segundo golpe?

Sin mirar siquiera el interior del sobre, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo. Salió de la oficina sin volver la vista atrás.

Pero, una vez ya en la calle, no pudo evitar que sus pensamientos le dominasen y se sumió en ellos, abstrayéndose totalmente de cuanto le rodeaba.

No supo cuánto tiempo había pasado. Bruscamente, un súbito choque le volvió a la realidad.

Un hombre irritado estaba frente a él. Alan supo al momento que, caminando completamente distraído, había chocado con él, pero tan aturdido estaba que no acertó siquiera a disculparse.

El rostro de su oponente expresó ira y enojo. No habló, porque parecía un tipo muy atareado. El golpe de Alan le había hecho caer su cartera de negocios al suelo y el individuo se agachó para recogerla.

Una vez erguido volvió a mirar al joven. Y Alan, entonces, sintió una brusca sacudida en su cerebro.

«—¡Este tío es idiota!».

Alan se quedó clavado en el suelo, estupefacto ante la realidad de lo que acababa de averiguar. ¡Había leído en el pensamiento de aquel individuo!

La revelación le aterró.

Así, pues, Hickens tenía razón. Existía un grupo de personas con poderes sobrenaturales… de los cuales él formaba o iba a formar

parte. Tenía la facultad de adivinar el pensamiento de las personas, entre otras varias, todas relativas a la percepción extrasensorial. Pero ¿cómo podía ser aquello?

No pudo darse a sí mismo una respuesta satisfactoria. Y para probarse volvió a intentar leer los pensamientos de otras personas con las cuales se cruzó.

Una rubia descocada, de aire estrepitoso, le miró, sonriéndole con descaro. El joven se ruborizó: había pensamientos que no debían leerse.

Luego miró al conductor de un helitaxi que estaba aparcado junto a la acera. El chófer leía una novela de vaqueros, pero al llegar junto a su altura, levantó la cabeza. Las dos miradas se cruzaron.

«—Qué suerte tienes, granuja. Tú paseándote tan ricamente y yo aquí, amarrado como un esclavo a mi helitaxi. ¡Peste de vida…!».

Se estremeció y continuó adelante, metiéndose en el primer bar que se le cruzó en el camino.

Una opulenta morena se apresuró a servirle. Alan pidió un coñac doble y se lo bebió sin pestañear y sin mirar a la camarera. Pero en el momento de pagar no pudo evitar que sus ojos se cruzaran con los de ella.

«—Eres un guapo mozo, aunque pareces atontado. Me gustaría salir esta noche contigo, palabra».

—Lo siento; estoy comprometido —balbuceó Alan, dando media vuelta y dejando tras sí a una aturdida joven, que no sabía qué hacer con el billete de diez dólares que había recibido.

Caminó durante largo rato hasta sentirse rendido. Lo hizo durante todo aquel tiempo con la cabeza baja, para evitar leer lo que sucedía en el interior de las mentes de todo aquél que se cruzaba con él, mas no pudo evitar mirar a algunos y varios de los pensamientos leídos le horrorizaron.

No sabía qué hacer; estaba completamente aturdido y se sentía cansado. Estaba en el lado opuesto de la ciudad, de tal forma que Beverly Hills apenas si se divisaba y temía encerrarse en su casa. Ya eran más de las dos de la tarde y aún no había probado bocado desde el desayuno, pero tampoco sentía el menor deseo de comer.

Súbitamente se dio cuenta de que se hallaba frente a la Biblioteca Pública. Sin pensarlo mucho, remontó la amplia

escalinata, introduciéndose en el edificio.

Una atenta empleada le salió al encuentro, sonriéndole amistosamente.

—¿Desea algo, señor?

—Sí. Quiero leer el «Examiner». Pero póngame solamente la sección de ofertas de empleo.

—Muy bien, señor —dijo la empleada. Se volvió hacia una mesita y tomó de ella una especie de llave, de la cual colgaba una minúscula chapita—. Lectora quince, serie doce.

Alan se dirigió hacia una anchurosa habitación próxima, en donde había una infinidad de personas leyendo toda clase de periódicos y revistas. Provisto de la llave correspondiente, buscó la máquina que le habían asignado y se sentó frente a ella.

Introdujo la llave en una ranura y dio media vuelta. Al instante una pantalla se iluminó frente a él.

Pero ¿qué ocurría? ¿Por qué no se veía nada en la pantalla? Alan sólo pudo advertir un espacio blanco de forma rectangular, absolutamente liso y ausente por completo de todo signo gráfico.

Estuvo a punto de levantarse y presentar ama reclamación ante la empleada. Pero, en aquel momento, algo apareció ante sus ojos.

Era un anuncio.

> «*Hombre joven, dotes de mando, experto en oficinas comerciales, se precisa en Alvarado, 2156. Presentarse personalmente. Inútil concertar entrevistas por visófono*».

Y Alan supo que aquel anuncio estaba destinado especialmente a él. Estaba seguro de que en la pantalla se seguía proyectando el microfilm del periódico del día, pero no podía ver sino el anuncio que se refería estrictamente a él en persona.

Cerró la luz y se puso en pie. Devolvió la llave a la empleada e, involuntariamente, le leyó el pensamiento.

«—Sí que ha acabado pronto este fulano».

Sintió ganas de divertirse un poco y se inclinó hacia la joven.

—Esa palabra fulano está muy mal empleada en una muchacha tan bonita como usted.

—¡Oh! —exclamó ella, súbitamente roja como un pimiento.

Alan salió taconeando, en tanto sus labios se acanutaban para silbar el último aire de moda: «Mis pensamientos vuelan siempre a ti».

—Curiosa coincidencia —pensó sonriendo.

En la acera paró a un helitaxi. El vehículo descendió y se detuvo. Alan abrió la portezuela y se sentó en el mullido asiento posterior.

El vehículo arrancó instantáneamente. Ganó altura de modo vertical y luego tomó por un denso canal de tráfico, sorteando diestramente a otros vehículos menos ligeros.

Pocos momentos más tarde, el helitaxi perdía altura, deteniéndose ante un edificio de antigua traza.

Sin moverse de su asiento, Alan preguntó:

—¿Éste es el dos mil ciento cincuenta y seis de la calle Alvarado?

—Sí, señor. Son dos con treinta, señor.

Alan sacó un billete del bolsillo y se inclinó hacia adelante.

—¿Quién le dijo que me trajera aquí, amigo?

El taxista se volvió, grandemente sorprendido.

—¡Usted, señor!

Alan respingó. Pero casi al instante se dio cuenta de que le convenía disimular. Él no había hablado en absoluto con el chófer hasta aquel momento. Lo único que había hecho fue pensar en la calle de Alvarado y en su número 2156. ¿Qué clase de poderes tan misteriosos se le estaban desarrollando en su mente?

—Está bien —dijo—. Guárdese la vuelta.

—Gracias, señor.

Alan salió del coche y cruzó la acera. Atravesó el no muy amplio vestíbulo del edificio y se dirigió al ascensor.

Éste era del tipo automático, de modo que tuvo que manejarlo él mismo. Cerró las puertas y pulsó el botón del piso duodécimo.

Tal como estaban las cosas, no le extrañó detenerse en dicho piso ni, al salir del ascensor, caminar por el pasillo hasta el apartamento 2L. No se lo habían dicho jamás, pero sabía con toda certeza que era allí donde le iban a dar el empleo que, con toda seguridad, él había sido el único en ver anunciado.

Pulsó el zumbador. Pasaron unos segundos y luego se abrió la puerta.

La respiración se le cortó bruscamente al joven al contemplar la

increíble belleza de la muchacha que tenía ante sí: Ella le sonrió y se echó a un lado, al mismo tiempo que le miraba fijamente.

Pero en aquel momento. Alan se dio cuenta de que algo extraño le estaba sucediendo, aunque, después de todo, empezó a considerarlo como cosa muy natural: No podía leer los pensamientos de la muchacha.

CAPÍTULO III



Ella era alta y delgada, aunque, como pensó Alan de acuerdo con el dicho francés, «une fausse maigre», una mujer cuya delgadez era sólo aparente.

Su esbeltísimo cuerpo estaba cubierto por un traje muy ajustado a sus curvas, y el color tostado de la piel contrastaba agradablemente con la blancura del tejido y el color de miel de sus cabellos. Tenía los brazos y un hombro al descubierto y sonreía agradablemente.

—Usted es Alan Kyne —dijo ella, con voz suave, deliciosamente profunda.

—Sí, señorita…

—Crystela Smith. No es mi verdadero nombre, pero por el momento puede pasar. Pero no se quede ahí afuera, Alan; entre, por favor.

El joven cruzó el umbral y estudió discretamente el interior de la casa en que se encontraba. Los muebles eran anticuados, pero

cómodos y ligeros, aunque Alan echó de menos la amplitud de su vivienda y, sobre todo, los ventanales tras los cuales tanto le gustaba reposar después de hasta entonces la dura tarea del día.

Ella le señaló un diván y se ausentó unos momentos, para volver poco después con una bandeja sobre la cual se veían dos altas copas. Ofreció una al joven y ella tomó otra, después de lo cual se hundió en un muelle-sillón, a corta distancia de Alan.

Éste percibió la suave fragancia que envolvía a la muchacha, cuya edad calculó inferior a los veinticinco años. Ella tomó un sorbo del combinado y luego lo dejó delicadamente sobre una mesita al alcance de su mano.

—¿Cómo se encuentra usted, Alan? —preguntó la muchacha.

—¿E? ¿Qué? ¡Oh, perfectamente, señorita Smith! Yo…

—Llámame Crystela a secas —dijo—. Como yo hago con usted, Alan.

—Encantado, Crystela —dijo.

Y el nombre le gustó tanto, que hubo de contenerse para no repetirlo.

Ella sacó cigarrillos. Los encendieron, después de lo cual, la muchacha se enroscó sobre sí misma. Sus ojos claros, de color gris acero se clavaron en los del joven y éste sintió inmediatamente la necesidad de protegerse contra la despiadada requisitoria mental que le hacía la joven.

Así permanecieron unos momentos, hasta que, de pronto, la tensión se aflojó merced a una clara y cristalina carcajada de la muchacha.

—Para ser usted un novato en estas lides, Alan, lo hace muy bien.

—¿A qué se refiere, Crystela?

—A la forma en que ha tenido de proteger su cerebro contra mis sondeos mentales. Apenas he intentado leer sus pensamientos, usted ha corrido una cortina sobre ellos, impidiéndomelo de modo rotundo.

—Ignoraba que poseyera tales facultades —repuso el joven.

—Pues las tiene —aseguró ella—, y muchas otras más de las cuales no tiene usted la menor idea. Pero ya lo irá sabiendo con el tiempo.

—Le agradezco mucho la buena opinión que tiene formada de

mí, pero también le agradecería me dijera para qué me ha llamado a su casa.

Crystela expulsó el humo antes de contestar.

—La respuesta es obvia. Alan. Porque es usted uno de los nuestros.

—¿A qué se refiere con esa frase «de los nuestros»? Me gustaría que me lo aclarase.

—Verá, Alan, la cosa es más complicada de lo que parece. Usted ha estado notando durante todos estos tiempos una serie de atroces dolores de cabeza que le causaban insufribles tormentos, ¿no es así?

Alan frunció el ceño.

—No me irá a decir que ha sido usted la que me los ocasionó, ¿verdad?

—¿Y por qué no? Sí, fui yo y no lo lamento, porque ello era realmente necesario. Tenía qué averiguar si usted poseía las mismas facultades que poseo yo o, por el contrario, nuestros «tests» mentales iban a ser sólo un fracaso. Afortunadamente, la cosa ha tenido éxito. Un éxito rotundo —concluyó con tajante voz.

—Esto será según del lado de que se mire la cosa, ¿no es así? —objetó Alan.

—De todos los lados —dijo ella, mirándole fijamente—. Y usted es el que más beneficiado va a salir con el desarrollo de esas facultades que latían ocultas en su cerebro y que ignoraba las poseyera hasta que yo se lo he revelado.

—Un gesto muy encomiable, pero, a mi entender, de escasa utilidad práctica —observó él, cortante.

—No dirá usted lo mismo dentro de unos meses, quizá sólo unas semanas —contestó ella rápidamente.

—En todo caso, ya sé que alguien más que usted conoce mis facultades. La Psicopolicía ¿es una invención mía o es una realidad?

—Una realidad —contestó Crystela en voz baja—. Y muy desagradable, además. Como que es nuestro principal enemigo, por no decir el único.

—Eso me dio a entender el amigo Hickens, cuando estuvo a verme esta mañana. Supongo que usted conoce a Hickens, ¿verdad?

Ella asintió.

—Por supuesto. A Hickens y a muchos de los agentes que la Psicopolicía tiene destacados por ahí, espiando y entremetiéndose

en nuestras actividades.

—A lo que parece, Hickens tenía cierta razón en sus argumentos.

—¿Por qué, pues, no se unió a ellos?

—Usted me ordenó que no lo hiciera. ¿O no era su voz aquella que escuché en el interior de mi cerebro?

—Sí, era mi voz. Como también lo era la que le habló durante la noche.

—¿Entonces…?

Súbitamente, Crystela se puso en pie. Dio dos o tres paseos por la estancia y de pronto se detuvo, con los brazos cruzados sobre el pecho, frente al joven.

—Alan —dijo—, hace ya tiempo que le venimos investigando a usted. Nuestra organización es muy poderosa, aunque no tanto como lo deseamos. Pero ya lo será algún día; sabemos tener paciencia. Bien, como decía, hace ya algún tiempo que le estudiamos… aunque mejor dicho estaría que le estudio, puesto que ha sido a mí a quien correspondió tal labor. Es usted perfecto físicamente, sin la menor tara, y posee un cerebro excepcional, con poderes que incluso se escapan a mi comprensión.

»Todos aquellos dolores de cabeza que usted sufría eran, ni más ni menos, la consecuencia de los que pudiéramos llamar mis ataques para despertar en usted las facultades que hasta ahora dormían ocultas en el fondo de su mente. Es algo inevitable cuando investigamos mentalmente acerca de un individuo del cual suponemos razonablemente puede unirse a nosotros. A veces, la investigación falla. Esa persona no nos conviene y la dejamos en paz. Ya no volverá a tener más dolores de cabeza que los derivados de una gripe o un constipado cualquiera o… —sonrió la muchacha — de un exceso alcohólico.

—No conozco esta clase de migrañas —sonrió también Alan.

—Un nuevo tanto a su favor. Por eso insistí tanto y por eso mismo le pareció estallaba el sol dentro de su cabeza al lograr yo el resultado definitivo. Le hubiera dejado en paz durante algún tiempo, semanas acaso, tratando de que en este plazo usted, de modo natural, acabase por desarrollar las portentosas facultades que posee. Pero me he visto obligada a traerle hasta aquí al darme cuenta de que la Psicopolicía ha pasado al contraataque.

—Me han despedido de la oficina —se quejó Alan.

—Éste es un golpe típico de Hickens —contestó ella—. Sin embargo, no es Hickens quien nos interesa, sino su jefe.

—Lo cual quiere decir que usted anda buscándole para conocer su identidad y, una vez averiguada, eliminarlo.

—Exactamente —dijo Crystela sin pestañear.

Alan se puso en pie.

—Pues entonces no cuenten conmigo. Hubiera colaborado con ustedes para ayudarles en cuanto fuera necesario, pero desde el momento en que está hablando tan fríamente de suprimir a una persona, no puedo unir mi suerte a la suya, por más ventajas que esto pudiera reportarme.

—Está engañado, Alan —dijo ella sin inmutarse—. La eliminación a que me refiero no es física, sino solamente psíquica.

—Casi es peor —dijo él calurosamente—. He oído hablar mucho de la técnica de los lavados de cabeza y cosas por el estilo, y lo que acabo de oír me repugna. Siento emplear esta palabra, pero así es, Crystela.

Ella dejó caer los brazos a lo largo de sus costados. Estaba desalentada.

—De modo que no quiere unirse a nosotros.

—No. Ni a ellos tampoco. Quiero conservar la libertad de mi mente. Lo que ocurre en el interior de mi cerebro es mío y nadie tiene derecho a investigarlo, bien sea en forma abierta o subrepticiamente. He oído hablar a Hickens y aunque en principio mucho de lo que me dijo es para mí pura fantasía, estimo, sin embargo, que tiene mucha razón en algunas otras cosas.

—Uniéndose a nosotros tendrá ventajas de las cuales carece el común de los mortales, Alan —dijo ella.

—Renuncio a tales ventajas a cambio de mi independencia —contestó él—. Le agradezco infinito los esfuerzos que ha hecho en favor mío, pero ello no puede convencerme para unirme a su grupo. Y, por supuesto, y para que esté tranquila, tampoco me uniré a Hickens y los suyos. Deseo una total independencia. En todo —recalcó.

—Para obtener esa independencia psíquica es indispensable primero tener la independencia económica, Alan —arguyó ella.

El joven la miró fijamente. De súbito, lanzó un dardo mental, intentando averiguar qué era lo que había tras aquella frente tan

despejada y tan maravillosamente delineada.

Pero Crystela, con igual rapidez, corrió una cortina ante su cerebro, defraudando así a Alan, quien, no obstante, procuró ocultar la decepción que sentía.

—No pase cuidado por mí. No la delataré, pero tampoco accederé a sus pretensiones. Debo decirle, sin embargo, que le estoy muy agradecido por las nuevas facultades que ha despertado en mí. Y, si quiere quedarse tranquila, le diré que poseo la suficiente estabilidad emocional como para no hacer mal uso de ella.

—Lo creo —dijo Crystela con voz inexpresiva—. Lamento haber fracasado con usted, Alan.

—¿No tratará de obligarme a obedecerla utilizando los poderes de su mente? —sonrió él.

Ella movió la cabeza enérgicamente.

—No. Y aunque lo intentara, usted es mucho más poderoso que yo. Ya ve —añadió con cierta amargura en su tono—; intenté sondearle en cuanto entró y usted, instintivamente, ocultó su mente a mis tanteos.

—Lo siento, Crystela. Créame que me habría gustado complacerla… pero me resulta imposible. De todos modos —agregó sonriendo—, sepa que me ha gustado mucho conocerla. ¡Adiós!

—¡Adiós! —repuso la joven, meditabunda, sin moverse del sitio.

Alan respiró a pleno pulmón una vez en la calle. Ya anochecía y los anuncios luminosos empezaban a guiñarle sus pupilas multicolores.

La conversación, además de fatigarle un tanto, le había dado bastante sed. Entró, pues, en el primer local que encontró al paso y se sentó en un alto taburete. Era un bar tipo antiguo que todavía seguía teniendo cierto éxito, merced a las guapas camareras que servían, mucho más atractivas que los muros metálicos, llenos de ranuras e indicaciones de los automáticos, pero en aquel momento estaba casi desierto.

Sólo se veían un par de parejas en los cubículos que eran casi un reservado, hablando en voz baja, y un individuo que discutía, pesadamente con la muchacha que servía en la barra.

La muchacha se dio cuenta de su presencia y acudió a su lado.

—Cerveza —pidió lacónicamente, bajando la vista para no ponerse encarnado al haber sorprendido, sin querer, los

pensamientos de la muchacha.

Ella le sirvió una alta jarra, que Alan tomó con aire pensativo. Bebió varios sorbos y luego, sin querer, escuchó la conversación de la camarera y el individuo, empeñado en que le sirvieran una nueva copa.

La camarera, por librarse de aquel pelma, accedió, no sin mirar nuevamente a Alan.

«¿Por qué he de soportar la conversación de este tío borracho? Tú me gustas mucho más… y estoy segura de que nuestro diálogo sería muy interesante».

Alan hundió la vista en la jarra de cerveza, muy encarnado el rostro.

La camarera llevó una botella y un vaso. Fue a servir, pero el beodo le arrebató la botella.

—¡Trae acá! —dijo, con lengua espesa—. Yo mismo me serviré… y te pagaré la botella entera, además. Tengo dinero suficiente, ¿sabes?

El individuo estaba sentado en el taburete, pero de costado al mostrador, de modo que daba frente a Alan, el cual no pudo evitar mirarle los gestos. El beodo tomó la botella y el vaso, inclinando aquélla, pero el alcohol le había puerto flojera en los dedos y la botella resbaló y cayó.

Todo sucedió en apenas una centésima de segundo. Alan deseó vivamente, no sabía por qué causa, que la botella no sólo no se rompiera al chocar con el suelo, sino que, en lugar de hacerlo, volviera a la mano del beodo.

La botella cayó, deteniéndose a unos centímetros del pavimento, en tanto que la muchacha y el borracho soltaban sendas exclamaciones. Pero luego ascendió rápidamente hasta la mano del pelmazo, cuyos ojos se desorbitaron enormemente.

Un frío sudor cubrió la frente de Alan. Sabía que aquello había sucedido porque él lo había deseado y se estremeció al comprender entonces el oscuro sentido de ciertas frases de Crystela.

Pero ni la camarera ni el borracho lo sabían. Aquélla gritó:

—¡Qué bonito! ¡Repítalo, por favor!

El beodo la miró con aire despavorido. De pronto, saltó al suelo. Dejó la botella y el vaso en el mostrador, sacó un billete y lo tiró sobre la reluciente tabla.

—He bebido ya demasiado y estoy empezando a ver alucinaciones. ¡Adiós! —exclamó, y antes de llegar a la puerta, apretó a correr, como alma que lleva el diablo.

En cualquier otra circunstancia, Alan hubiera sonreído y aun soltado la carcajada al ver los apuros de aquel individuo. Pero ahora no, estaba demasiado preocupado por lo ocurrido.

Sin duda de ningún género, supo que había sido el poder de su mente el que había detenido la caída de la botella, devolviéndola luego a la mano del borracho. ¿Qué no podría, pues, hacer, en casos similares y aun de mayor necesidad?

Se mareó de sólo pensarlo. Aquello era terriblemente nuevo para él. Ahora ya sabía que poseía unas facultades sorprendentes y no le extrañó la lucha entablada entre la Psicopolicía y Crystela para atraerlo a sus respectivos bandos. Comprendió perfectamente los puntos de vista de unos y otros, pero deseó que nada de aquello le hubiera ocurrido. ¿Qué haría en lo sucesivo, cuando nada de lo que pensasen los demás pudiese permanecerle oculto?

Terminó la cerveza de un golpe y arrojó una moneda al mostrador. Se levantó, dispuesto para irse a casa y someterse a una profunda meditación acerca de su nuevo y sorprendente estado.

Pero no pudo dar un paso. Alguien le llamó.

«—¡Cuidado, Alan! Están buscándote. ¡Huye, huye, pronto, antes de que sea demasiado tarde!».

No habló, pues sabía que era perfectamente inútil. Pero empleó su mente, absolutamente seguro de que su mensaje le llegaría a Crystela.

«—¿Quién es? ¿Por qué quieren hacerme daño?».

«—No preguntes nada, Alan, y huye… ¡Oh, ya es demasiado tarde! ¡Ya están ahí!».

Al recibir en su cerebro las últimas frases de la muchacha, Alan miró instintivamente hacia la puerta. Ésta se abrió con violencia y dos individuos penetraron por ella.

El joven supo al momento que eran ellos. Pero no tuvo tiempo de reaccionar. Cada uno de los dos individuos, cuyo pésimo aspecto delataba a la legua la «profesión» que desempeñaban, era portador de una anticuada, pero no por ello menos eficaz, ametralladora «Thompson».

La boca de ambos cañones se incendió con un estrépito de

averno.

CAPÍTULO IV



oñó un grito, prontamente apagado por el tableteo de las ametralladoras. A menos de cinco metros de distancia, Alan recibió la mortífera descarga de las dos armas automáticas.

Pero no cayó. Hizo funcionar a su mente. Extrajo de ella los extraños poderes que ahora sabía tenía y los usó.

Lo hizo de modo automático, instintivo, como si toda su vida hubiera sido dueño de aquellas extrañas fuerzas que era capaz de desencadenar y cuyo descubrimiento había hecho en el transcurso de las últimas veinticuatro horas.

Al ver a los pistoleros frente a sí, deseó que las balas se detuvieran en el aire. Y se detuvieron.

A medio metro de distancia de su cuerpo, los proyectiles salidos de las pistolas ametralladoras frenaban súbitamente su marcha, cayendo luego al suelo con sordo repiqueteo apagado por los estampidos de las armas. Los plomos saltaban y rebotaban,

esparciéndose por el suelo en distintas direcciones.

Alan plantó cara a los «gangsters», frente a ellos, mirándoles fijamente, con los puños crispados, como si necesitara de sus fuerzas físicas para ayudarse a la concentración de sus poderes mentales. Y en los cerebros de los pistoleros, entró, al fin, la convicción de que aquel hombre contra el cual disparaban no estaba herido.

Primero fue uno y luego el otro y los dos bajaron lentamente los cañones de sus armas. Le miraron con ojos incrédulos. No era posible que aquel hombre, contra el cual habían disparado más de veinte cartuchos cada uno, estuviera vivo.

Las miradas de ambos forajidos bajaron al suelo, en donde se veían esparcidas las balas.

—¡Cristo! —exclamó uno de ellos—. Este fulano es un mago.

Su compañero se aterrorizó repentinamente. Aquél era un misterio incomprensible para él y, sin pensárselo dos veces, dio vuelta y huyó, seguido de cerca por el primero.

Alan echó a correr tras ellos, indiferente al espantoso jaleo organizado por el tiroteo. En la calle todo eran sustos y carreras, pero el espacio frontero al bar estaba completamente despejado.

Los pistoleros habían llegado en un helichorro, en cuyo interior se zambulleron de cabeza. El aparato despegó casi al instante.

Pero esto no le convenía al joven. Alan quería saber, no por qué habían intentado acribillarle a balazos, pues lo suponía, sino quién se lo había ordenado.

Su mirada atravesó el metal del vehículo, en la parte que recubría al motor. Llegó hasta el sistema de encendido y halló los cables eléctricos.

Los desconectó.

Al instante se pararon los motores del aparato. Éste había logrado elevarse un par de metros, al mismo tiempo que avanzaba cinco o seis. Falto de su sustentación, cayó al suelo, justamente sobre otro vehículo de tipo análogo, que estaba aparcado junto a la acera.

Ésta era del tipo deslizante. Al caer el helichorro de los bandidos sobre el otro, se volcó sobre la acera. Pero no estaba construida para soportar el peso de un par de toneladas, sino, simplemente el de los peatones que la necesitaban. Por lo tanto, la cinta falló,

combándose.

Se produjeron unos cortocircuitos, que causaron unos chispazos aterradores. Esto y el ruido de los dos vehículos al chocar, aumentaron la confusión hasta un extremó inimaginable.

Alan masculló algo entre dientes. Él no había contado con unos inconvenientes tan grandes. En la presente ocasión, su mente le había fallado un poco, no por no haber conseguido lo que deseaba, que era detener los motores del helichorro, sino por haberse retrasado un segundo o dos, que era el tiempo que habían necesitado los forajidos para despegar.

El escándalo era fenomenal. Por todas partes, la gente corría y se atropellaba, lanzando gritos desgarradores. Un par de helichorros, cuyos pilotos se habían distraído contemplando lo que sucedía por debajo de ellos, chocaron con descomunal estruendo. Cayeron a tierra, aumentando aún más la confusión.

Cubiertos de rasguños y arañazos, los pandilleros salieron arrastrándose de la ruina en que se había convertido su vehículo. Alan quiso irse hacia ellos, pero ocurrieron dos cosas que se lo impidieron.

Una de ellas fueron los continuos chispazos que brotaban de las averiadas conducciones eléctricas de la acera deslizante. La otra fue el gemido de una sirena policial, cuyo agudo volumen aumentaba por segundos.

Alan se dio cuenta de que, si permanecía allí, los policías le interrogarían, pues inmediatamente sería relacionado con lo que los forajidos habían hecho en el bar antes del accidente. Habría muchas preguntas que formular, a ninguna de las cuales podría contestar satisfactoriamente y, además, pensó, acaso alguno de los policías podría estar, de modo subrepticio, en contra suya.

Por lo tanto, lo mejor que podía hacer era huir de aquel lugar. Pero no podía hacerlo por la salida, dado que corría peligro de ser electrocutado por la acera averiada o bien detenido por la policía. En consecuencia, dio media vuelta y giró sobre sus talones, encarándose con la aterrorizada camarera, que le contemplaba con ojos desorbitados, tal como si hubiera visto a un muerto resucitar y salir de su tumba.

—¡Pronto! ¿Hay alguna salida por la parte de atrás? —gritó.

La muchacha, espantada, no supo hacer otra cosa que mover la

cabeza afirmativamente. Alan, entonces, echó a correr, buscando la puerta, que no tardo en hallar.

Atravesó una cocina, desierta en aquellos momentos, y salió a un pasillo oscuro y sin ventilación. La luz que le daba en la espalda le iluminó, indicándole una puerta.

Asió el pomo y lo hizo girar. Se le escapó una maldición. La puerta estaba cerrada con llave.

No le quedaba el recurso de cargar contra ella, ya que se abría hacia donde él estaba. Pero podía utilizar un remedio infalible.

Su mente trabajó activamente y la cerradura se abrió. Entonces tiró del pomo y la puerta giró sobre sus goznes.

Salió al exterior, hallándose en un callejón estrecho y sin luz. El callejón daba a la avenida por un lado, pero no tenía salida, de modo que Alan se vio en una situación muy comprometida. Una de las cosas que primero harían, pensó, sería bloquear la única salida de aquella calleja. Ya se detenía allí un coche policial.

Recorrió con la vista los muros de los edificios que le rodeaban, Vio una escalera contra incendios y, sin pensárselo dos veces, empezó a subir por ella.

Llegó al final del primer piso en un tiempo «récord». La ventana estaba cerrada; pero Alan ya sabía que no había obstáculo material que pudiera resistirse a los poderes de su mente. El bastidor subió hacía arriba, después de que los pestillos interiores se hubieron descorrido por sí solos.

Bajó de nuevo el bastidor, una vez hubo penetrado en la casa. Por unos momentos permaneció quieto, escrutando las tinieblas, hasta que su vista se hubo acostumbrado. Entonces advirtió que se hallaba en una oficina o despacho comercial, cosa que le satisfizo enormemente, pues así supo que no tendría ningún tropezón intempestivo.

Atravesó la pieza y salió a una estancia contigua. Naturalmente, la puerta estaba también cerrada, pero le resultó facilísimo el abrirla. Bajó las escaleras tranquilamente y se encontró en una calle lateral a la avenida, donde las cosas se estaban desarrollando con entera normalidad.

Sin ninguna prisa ya, seguro de haber dado el esquinazo no sólo a sus enemigos, sino también a la policía, caminó sosegadamente, al mismo tiempo que meditaba acerca de lo que más le convenía

hacer.

No podía volver a su casa; esto era evidente. Tal como se habían presentado las cosas, estaba absolutamente seguro de que la Psicopolicía tendría a alguien vigilando el edificio. Y éste tenía una situación tal que era muy fácil ver sin ser visto a todo el que entrara o saliera del mismo.

Por tanto, tenía que hacer algo, pero no sabía qué dirección tomar. Lo primero, esto era indiscutible, debía ocultarse.

Pero no sabía dónde ir. Con una sola acción, Hickens había demostrado tener el brazo muy largo, y aunque de momento lo había esquivado, estaba seguro de que no tardaría en hallarlo de nuevo. Y como ya tendría informes de su primer fracaso, ejecutaría las cosas de forma que la segunda vez se desarrollasen con pleno éxito.

Sin embargo, por el momento parecía seguro. La cadena de accidentes le había proporcionado un margen de tiempo que podía resultarle beneficioso a la larga. Para que Hickens supiera lo que le había sucedido, tendría que interrogar primero a sus esbirros y esto requeriría un tiempo prudencial, ya que no podría hacerlo a las claras sin delatarle. Y a Alan, por lo que podía juzgar, le parecía que a Hickens le convenía cualquier cosa menos la publicidad.

Tranquilo, pues, a este respecto, caminó sosegadamente por la calle, evitando mirar a las personas cara a cara para no descubrirles los pensamientos, cosa que le desagradaba profundamente. Así transcurrió una media hora, pasada la cual sintió cierto cansancio, además de unos lógicos deseos de reparar sus fuerzas.

Un «restaurante» rápido le salió al paso. Se metió en él sin dudarlo y pidió algo de comer.

Mientras que lo hacía, evaluó su coyuntura económica. Tampoco podía ir al Banco para extraer algún dinero de su cuenta corriente, pues éste era otro de los sitios que, lógicamente, también debía estar vigilado. Pero entonces se acordó del sobre de despido.

Lo sacó del bolsillo y lo rompió. Leyó la carta en la cual se prescindía de sus servicios. Estaba redactada en un lenguaje frío y convencional, y la rasgó en varios pedazos, que luego arrojó al suelo. Dentro del primer sobre había otro más pequeño, que contenía el dinero. Lo abrió y al momento dio un salto en el asiento.

Había allí más de diez mil dólares, una cantidad exorbitante, si

se tenía en cuenta que su sueldo mensual no alcanzaba, ni con mucho, a la décima parte de aquella suma, a la cual había que añadir una indemnización similar por el despido. En total, hubiera debido cobrar poco más de mil seiscientos dólares y en vez de ello se encontraba con un buen fajo de billetes que le podían proporcionar una tranquilidad económica durante largo tiempo.

Frunció el ceño, concentrando sus pensamientos, hasta haber llegado a una conclusión. Kornett no le había despedido a instigación de Hickens, sino porque, sencillamente, era uno de los suyos, y para facilitarle las cosas, le había entregado aquella enorme cantidad. En aquel momento adquirió la convicción de que había sido Crystela la que había sugerido tal idea a Kornett y esto antes de conocerse personalmente. Lo cual quería decir que la muchacha ya sabía lo que iba a suceder.

Admiró la previsión de Crystela. La joven no había querido dejar nada al albur; incluso había calculado la eventualidad de que no quisiera unirse a ellos, como, por lo menos, en el momento actual, estaba sucediendo.

Alan rió amargamente al pensar en que todavía no se habían cumplido las veinticuatro horas de un plazo, antes del cual era un hombre feliz y sin ninguna otra preocupación que sus no muy frecuentes dolores de cabeza. Y ahora era una persona dotada de un formidable poder mental, ante el cual no parecía haber muchas cosas, físicas o psíquicas, que se le resistiesen.

Su vida se había transformado radicalmente en aquel corto lapso de tiempo. Ahora poseía una clarividencia y una agudeza mental realmente excepcionales y aun preveía que tales cualidades podían ser desarrolladas todavía más hasta un grado increíblemente fabuloso. ¿Qué haría entonces, cuando supiese «manejar» adecuadamente todo el fantástico poder que se escondía debajo de su cráneo? Poniéndose en el lugar de Hickens, comprendió las aprensiones del psicopolicía al decir que una nueva raza se estaba desarrollando y esa raza iba a dominar algún día el mundo entero.

Sus pensamientos fueron interrumpidos súbitamente por un hecho que le hizo alertarse instantáneamente. Alguien le estaba «hurgando» en el cerebro.

Le pareció como si un dedo mental le sondease el cráneo. La persona que trataba de franquear sus barreras mentales dudaba y

vacilaba, buscando el lugar donde se desarrollaban sus pensamientos, pero indudablemente o era torpe o trataba de hacerlo subrepticiamente, con el fin de sorprenderle y poder lograr así mejor sus propósitos.

Su reacción fue instantánea. Corrió sus cortinas mentales de defensa, cerrando así el interior de su mente a la intromisión extraña. Alguien había allí cerca, dotado de unas cualidades muy similares a las suyas. ¿Amigo? ¿Enemigo? No lo podía saber pero, por si acaso, lo mejor sería desconfiar primero… y tratar de averiguar de quién se trataba después.

Sentado en el alto taburete, con la taza de café en la mano y un cigarrillo en la otra, fue recorriendo con la vista los rostros de cuantos allí se encontraban. Sondeó los cerebros de todos los concurrentes, penetrando, no sin repugnancia por su parte, en sus mentes y enterándose de sus pensamientos muchos de los cuales le avergonzaron hasta el punto de hacerle sentir un vivo sonrojo.

Por fin, tras varias exploraciones, encontró tres personas de las cuales podía sospechar con cierta razón. En ninguna de sus tres mentes pudo penetrar, por más esfuerzos que hizo.

Una de ellas era un individuo sentado ante una mesa y leyendo atentamente un periódico. Aun cuando éste se hallaba al revés, comparado con su situación en el local, pudo saber que el diario era el «Financial Times» y que el individuo se hallaba completamente enfrascado en las últimas cotizaciones bursátiles. Pero ¿era este motivo suficiente para no poder escrutar su cerebro?

La segunda persona era un borracho. El segundo con el cual se tropezaba aquella noche. El individuo estaba sentado ante una mesa y la cabeza se le balanceaba continuamente. Alan vio una especie de nubes rosadas que envolvían el cerebro del beodo y así aprendió una cosa más: que, en caso necesario, una buena dosis de alcohol podía ser útil para ocultar los pensamientos de su mente.

La tercera persona, en fin, era la camarera que le atendía, una muchacha atractiva, pero de facciones hoscas y duras, que le arrojaba frecuentes miradas ausentes de todo afecto, ni aun siquiera del más elemental debido a un cliente. No parecía poseer otras cualidades que las derivadas de su excelente físico y aun para un observador corriente hubiera podido parecer una mujer carente de seso. Pero Alan sabía que aquella muchacha ocultaba algo, puesto

que había cerrado su mente a toda intromisión extraña.

¿Quién de ellos, pues, había sido el que había intentado perforar sus defensas mentales? Alan dudó y vaciló entre los tres, pero ello no fue obstáculo para que adquiriera la completa seguridad de que uno de ellos estaba a las órdenes de Hickens. El brazo del psicopolicía estaba resultando demasiado, demasiado largo.

—Tengo que marcharme inmediatamente de aquí —pensó, al mismo tiempo que sacaba un billete de su bolsillo y lo arrojaba sobre el mostrador.

Aquel pensamiento abrió una estrecha rendija en sus defensas mentales. Fue solo un segundo, pero suficiente, sin embargo, para recibir un acuciante mensaje de socorro.

«—¡Alan, Alan! ¿Dónde estás? ¡Ven pronto, por favor!».

El joven se irguió en su asiento, completamente rígido. Era Crystela, de ello no le cabía la menor duda. Y la muchacha parecía muy alarmada.

«—¡Déjalo todo y ven! ¡Corre, date prisa! ¡No pierdas un segundo!».

Sin poderlo evitar, hubo de formular una pregunta:

—¿Qué te sucede? ¿Te acecha algún peligro?

«—No hagas preguntas ahora y ven. Vienen a buscarme… ¡Oh, ya están ahí! Son ellos y quieren…».

La voz de la muchacha se interrumpió súbitamente y Alan supo al instante que los enemigos de Crystela la habían raptado. Ya no vaciló.

Saltó del taburete e inició una carrera hacia la puerta.

Pero, apenas había dado dos pasos, una voz atrajo su atención.

—¡Eh, oiga, amigo! ¡Este billete que me ha dado es falso!

CAPÍTULO V



lan se volvió en redondo. La camarera agitaba el billete que le había entregado, al mismo tiempo que sus ojos echaban chispas.

—¿Quería timarme, eh? —dijo con voz desgarrada—. Vaya un tío más cara dura. ¿Por quién me ha tomado, sinvergüenza?

Alan vaciló. Aquél era un contratiempo con el cual no había contado, ciertamente.

Buscó frenéticamente en sus bolsillos. Encontró otro billete y se lo tiró a la cara a la joven, pero ésta volvió a escandalizar nuevamente, llamando la atención de todos los concurrentes.

—¡Miren el aprovechado! —gritó—. Está tratando de estafarme con estampitas que no valen ni el papel en que están impresas. ¡Eh, deme un billete bueno o de lo contrario…!

Alan se desesperaba.

—¡Ese billete es bueno! ¡Me lo acaban de dar en la oficina! —gritó, fuera de sí.

—¿En la oficina? Será en la imprenta donde los fabrican sin permiso del Tío Sam. ¡A ver! ¿No hay entre ustedes ningún policía?

Un hombre de aspecto fornido, con aire resuelto, se acercó allí.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa, Mary? —Por lo visto conocía a la camarera.

Ésta explicó:

—Mírelo usted, señor Lark. Es ese tipo de la cara de mosca muerta. Quería darme el pego, pero hay que ser muy listo para timarme a mí. ¡Billetes falsos!

—Le daré otro —exclamó Alan, empezando a desesperarse—, pero le aseguro que los otros son legítimos. Tome —dijo, sacando el sobre de despido del bolsillo—, aquí tengo más.

En esto cometió el joven una imprudencia. Los billetes que primeramente había entregado eran de los que él tenía ya al ir aquella mañana a la oficina, precisamente aquellos que eran tachados de falsos. Pero ahora sacó un enorme fajo que hizo que el policía abriera los ojos desmesuradamente.

—¡Caramba! ¿De dónde ha sacado usted tanto dinero, amigo? —inquirió.

—Pues… —Y Alan sintió que un sudor frío le corría por la espalda. ¿A quién le iba a contar que por despedirle de la oficina le habían pagado más de diez mil dólares? ¿Quién se iba a creer aquella fábula infantil?

Maldijo profusamente en su interior. Aquello era una trampa muy bien montada, lo cual le demostró que el ojo de Hickens no se despegaba de él ni un segundo. Podía haber fallado en el atentado de los pistoleros, pero en todo momento estaba bajo su vigilancia.

—Tendrá que venirse conmigo al puesto de Policía más cercano —dijo el individuo, tomándole del brazo.

—¡Suélteme! —Gruñó Alan de mal talante—. ¿Cómo va a saber esa estúpida que los billetes son falsos?

—Si lo son o no, pronto tendremos ocasión de averiguarlo. ¡Eh, véngase conmigo…!

—Sí, llévenselo con usted, señor Lark —chilló la camarera—. Ya ver si consigue que me pague. Estoy ya más que harta de sinvergüenzas y aprovechados que se creen que el negocio tiene que mantenerlos obligatoriamente. Y a ver si le encierran unos cuantos años a la sombra, para que no trate de aprovecharse más de una

pobre infeliz que sólo vive de su honrado trabajo…

Los dientes de Alan rechinaron de rabia. El policía volvió a cogerle por el brazo.

—No trate de resistirse, amiguito, o le irá mucho peor. En la comisaría podrá explicarse todo lo que quiera.

Alan sabía que era inútil pedir gracia. Tampoco podía decirle que tenía que correr en auxilio de una persona amenazada. Todas las circunstancias se conjugaban en contra suya. Pero ¿cómo huir?

Miró fijamente al policía. Sí, podía marcharse libremente de allí.

«—Desmáyate» —le ordenó; y el individuo, al instante, se derrumbó como una masa inerte.

La camarera chilló aterrorizada.

—¡Le ha matado!

Alan la miró a ella también. La joven retrocedió hasta que sus espaldas chocaron contra la estantería que tenía detrás de sí. Dos o tres botellas cayeron al suelo con infernal estrépito, pero los gritos de la camarera lo ahogaban todo.

Los clientes empezaron a alarmarse. Alan concentró ahora sus poderes en la muchacha.

—¡No, no! —gritó ella.

«—¡Desmáyate tú también, estúpida!».

La joven lanzó un hondo suspiro y se desplomó detrás del mostrador.

Alan dio media vuelta y echó a correr, dejando tras sí un espantoso revuelo que le impidió darse cuenta de que el beodo arrojaba el periódico a un lado y salía tras él a la calle.

Una vez fuera, Alan agitó la mano, llamando un helitaxi. Antes de que el vehículo se hubiera detenido, ya estaba introduciéndose en su interior.

—¡Alvarado 2156! —gritó, y el helitaxi arrancó raudamente, seguido muy de cerca por otro vehículo similar.

En pocos segundos llegó a la casa de la muchacha. Arrojó un billete en el regazo del conductor y saltó fuera del vehículo.

El ascensor le llevó arriba con menos rapidez de la que él hubiera deseado. Pero al fin salió fuera y corrió hacia la habitación de la muchacha.

No le extrañó en absoluto ver la puerta completamente entreabierta. Cruzó el umbral.

Quedó en el centro de la estancia, completamente descorazonado. Ya suponía que, aun sin el incidente de los billetes falsos, provocado por la camarera, sin duda un agente de Hickens, habría llegado tarde, pero aun así hubiera sido lo suficientemente pronto para obtener algún indicio del lugar al cual podían haberse llevado a Crystela. Todo estaba en orden y Alan no se molestó en mirar siquiera, seguro que los raptores de la muchacha habían dejado el apartamento limpio del menor indicio que pudiera conducirle a su encuentro.

Abatido, se sentó en un sillón, hundiendo la cabeza entre las manos. Trató de pensar en ella, al mismo tiempo que lanzaba sus dardos mentales en distintas direcciones, sin obtener otro resultado que chocar contra una espesa niebla en torno suyo, siempre que pensaba en Crystela. Era evidente que Hickens conocía muy bien su poder y se había prevenido contra éste.

Permaneció así unos momentos, sin saber qué hacer. Veía ahora, sin embargo, que la cosa iba más en serio de lo que parecía. Por lo poco que podía juzgar, se daba cuenta de que había dos bandos en lucha, dos bandos de ideas irreconciliables y por completo antagónicas. ¿Cuál de los dos tenía razón? ¿El de Crystela, que sostenía implícitamente que el mundo debía y tenía que ser dominado por los poderes de la mente? ¿O el de Hickens, que preveía un mundo de seres obedientes a un puñado de individuos dotados de unas fabulosas facultades mentales?

Súbitamente, algo le hurgó el cerebro. Un dedo mental traspasó sus cortinas de defensa, momentáneamente caídas.

Pero se alertó al instante, cerrando su cerebro a toda influencia externa. Alguien le buscaba; alguien se le acercaba, tanteándole la mente a fin de ubicarle con toda exactitud.

Adquirió tal convicción en una décima de segundo y en otra fracción de tiempo similar tomó una resolución.

Deliberadamente, descorrió un poco sus cortinas mentales. Así los orientaría hacia donde él estaba, pero sin dejarles acercarse hasta sus pensamientos. Que supieran que se encontraba allí, pero nada más.

Percibió el calor de una mente que escrutaba la suya. A su vez, lanzó unos dardos mentales, hallándose con una cerrada defensa, la cual le impidió ver otra cosa que no fuera el deseo de hallarle. Bien,

sonrió duramente, en tanto se levantaba y corría en silencio hacia la puerta, si le buscaban, le encontrarían. Y usaría algo que no se esperaban, una cosa con la cual la mente tenía muy poco que ver: los puños.

Lanzó varios dardos mentales en dirección de la mente del que se acercaba. Pero sólo percibió una defensa cerrada y hermética, contra la cual su poder se estrellaba como las olas contra un acantilado. Sin embargo, un sexto sentido, que no tenía nada que ver con los otros ni con el que se le acababa de desarrollar, le previno de que el individuo estaba ya cerca.

Alertó todos sus músculos. Ya no podía tardar mucho. Pisaba suave, de modo que no se le podía oír, pero Alan le percibía claramente.

¡Ahí estaba!

Se lanzó hacia él, sorprendiéndolo por completo al salir de detrás de la puerta. Le tomó por el hombro y le hizo girar, conectando acto seguido el puño contra su mandíbula.

El hombre retrocedió, con ojos llenos de espanto. Era muy fuerte y por ello el primer golpe no consiguió abatirlo, pero, cuando el puño izquierdo de Alan impactó contra su estómago, se vio obligado a doblarse sobre sí mismo. El filo de la mano derecha del joven cayó sobre su nuca y el intruso se desplomó inconsciente.

Tranquilo a este respecto, Alan se fue hacia la puerta, haciendo girar la llave en su alvéolo y guardándola después. A continuación regresó junto al caído.

Le tomó por bajo de las axilas, arrastrándole hasta un diván próximo en donde le arrojó como un fardo. No le causó extrañeza de reconocer en él al individuo que había visto beodo en el bar en que le acusaran de pasar billetes falsificados.

Le registró las ropas en busca de un arma que no encontró. Después se fue hacia la cocina del apartamento y llenó una jarra con agua, que arrojó al rostro del desmayado.

Éste sacudió la cabeza, al mismo tiempo que tosía y estornudaba. Soltó un par de tacos y luego fijó su vista, turbia todavía, en el rostro del joven.

Sus labios se torcieron en una mueca de amargura.

—Me golpeó bien, amigo —dijo.

—Todavía le daré más —repuso el joven con ceño duro—, si no

me dice quién es usted, qué hacía aquí y qué o a quién buscaba.

Una divertida sonrisa afloró a los labios del ex-beodo.

—Muchas preguntas hace usted, Kyne —repuso.

—¡Me conoce! —exclamó Alan.

—Por supuesto. Ésa es una de las razones por las cuales le he seguido.

—¿Y las demás?

El individuo se tanteó la mandíbula con la mano, como si quisiera comprobar que aún seguía en su sitio. Tranquilizado, dijo:

—Mi nombre es García, Pedro García, y he sido testigo presencial de lo que le ha sucedido a usted en el restaurante.

—No me irá a decir que ha sido usted el que ha imbuido tan falsas ideas en la mente de la camarera —gruñó, acusador, el joven.

—No, desde luego que no —rió García—. Si estaba allí ha sido de una forma meramente casual, sin que tuviera que ver absolutamente nada en el incidente de que usted ha sido tan principal actor.

—Entonces ¿por qué me conoce? —preguntó Alan.

García hizo un gesto de indiferencia.

—¿Qué importa eso ahora? Lo cierto es que le conozco y que, al verle allí, me dije: «Pedro, ésta es la ocasión que tanto andas buscando».

—No le entiendo —murmuró el joven, desconcertado.

García alargó los labios y luego chasqueó la lengua.

—Oiga, amigo —dijo, con cierta ansiedad—, ¿no habría por ahí nada de beber? La lengua se reseca y…

—Buscaré algo —dijo Alan.

Preveía que su conversación con García iba a resultar fructífera. Teniendo la llave de la puerta, no temía que le hiciesen una jugarreta, por lo que pudo dedicarse con tranquilidad a la búsqueda de una botella y un par de vasos, cosa que consiguió al cabo de unos momentos.

Sirvió licor. García tomó la mitad de su vaso y volvió a chasquear la lengua.

—Está muy bueno —dijo—. ¿Un cigarrillo?

Alan se lo dio.

—Tome. Pero hable de una vez.

García aspiró tranquilamente el humo. Luego, con sonrisa cínica,

dijo:

—Amigo Kyne, yo le conocía a usted de un modo superficial. He estado algunas veces en su oficina para asuntos comerciales con el señor Kornett y le he visto allí, aunque usted no se haya fijado en mí. Pero esto es lo de menos. Pero voy al grano, Kyne —continuó García expulsando placenteramente el humo del cigarrillo—. No le hubiera seguido de no haber sido por el incidente de la cafetería. Yo también poseo, en mayor o menor grado, sus mismas cualidades psíquicas y me sorprendieron muchísimo los tanteos mentales que hacía en mi cerebro. Claro es que no pudo averiguar gran cosa; el alcohol es una formidable barrera contra las indiscreciones. Y no le hubiera dicho nada, no, señor, de no haber ocurrido lo que ha ocurrido. Le hubiera dejado irse tranquilamente y…

García se interrumpió para acabar el vaso. Después siguió:

—Me dio usted pena, Kyne, y por eso le seguí hasta aquí. Yo sé lo que le sucede y, me lo crea o no, quiero ayudarle.

Alan respingó. Después de todo cuanto había pasado aquel día, aquello resultaba completamente nuevo para él.

—¿De qué modo? —preguntó cautelosamente.

—Usted es un hombre marcado. Como yo, aunque usted es muchísimo más importante. Pero también, a la larga o a la corta, acabarán echando mano de mí y no quiero que eso me suceda. Y a usted, ¡qué diablos! He visto la sucia jugarreta que le han gastado hace un momento en la cafetería y esto me ha dado ganas de ayudarle.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

—Verá —dijo García, fumando tranquilamente—. Tarde o temprano, los unos o los otros acabarán poniéndonos la mano encima. Esto, naturalmente, si nosotros no hallamos la forma de esquivarlos. Y yo creo, la verdad, que he encontrado ese remedio.

Alan frunció el ceño.

—Me gustaría mucho fiarme de usted —murmuró—. Tampoco a mí me gusta lo que me está sucediendo.

—Compruébelo por usted mismo. Alan —dijo el singular personaje—. Le abriré mi mente para que usted pueda explorarla a su gusto. Así sí que no hay engaño. Hágalo, le doy permiso para ello.

Alan miró fijamente a su interlocutor durante unos segundos.

Después meneó la cabeza.

—Sólo tengo ese poder desde hace unas cuantas horas, pero me parece terriblemente pecaminoso introducirse en la mente de otra persona y sondearle sus más íntimos pensamientos.

—Eso es lo mismo que me ha ocurrido a mí siempre —dijo García—. No digo que en ocasiones no sea conveniente, pero en la mayoría de ellas es desagradable cuando no perjudicial. Y como he podido percatarme de que usted piensa igual que yo —por deducción, no por sondeo mental—, por ello le he seguido con el fin de poder hablar a solas sin que nadie nos moleste.

—Bien. ¿Cuál es el plan que tiene que proponerme?

—Irnos. Marchamos de aquí inmediatamente donde no nos puedan alcanzar ni los unos ni los otros. Tengo una cabaña en las montañas, en un lugar de muy pocos conocido, y aun éstos que lo conocen carecen por completo de nuestras cualidades de receptividad mental. Por lo tanto, aunque llegara alguno de ellos, diciéndoles que nos interesaba el retiro, no nos delatarían.

—¿Y si durante este tiempo alguno de sus amigos ha desarrollado las mismas cualidades que nosotros? —objetó el joven.

García hizo un gesto de indiferencia.

—Lo sabríamos en seguida. Un sondeo mental y ya está, sin meternos luego en posteriores averiguaciones, caso de que fuera, como nosotros, un telépata.

Alan se acarició la barbilla.

—El plan es ideal, desde luego. Pero existe un inconveniente.

García arqueó las cejas.

—¿Cuál? —preguntó simplemente.

—Verá… —dijo Alan, dubitativo—. Yo había venido aquí porque… porque una amiga mía me lanzó un mensaje telepático, pidiéndome socorro. Traté de darme prisa, pero entonces aconteció lo de los billetes falsos. Tuve… tuve que desmayar al policía y a la camarera para poder escabullirme… pero aun así dudo mucho de que hubiera llegado a tiempo.

Los ojos de García demostraron claramente la incredulidad que sentía.

—¿Cómo? —dijo estupefacto—. ¿Que usted… desmayó a esas dos personas?

—Así es. Lo deseé y sucedió. Igual podría hacer con usted, si

quisiera.

García extendió las manos, y muy asustado.

—¡No, por Dios, no lo haga! ¡Caramba, sí que posee usted una mente bien desarrollada! No me extraña que le anden buscando con tanto ahínco. Yo no llego a tanto, pero ni de lejos.

—Pues yo no lo sabía siquiera hace veinticuatro horas —murmuró Alan con tono amargo—. Y más me hubiera valido seguir ignorándolo. Vivía muy feliz en mi estado normal, hasta que… bueno, me enteré de ello.

García asintió, encendiendo un nuevo cigarrillo del paquete que Alan había dejado al alcance de su mano.

Dijo:

—¿Y qué le ha sucedido a la chica? ¿No sabe dónde se la han llevado? Porque yo no podré desmayar a la gente, pero sí seguirla con la mente, aunque se la lleven al fin del mundo.

Alan se encogió de hombros.

—Oí sus llamadas y luego alguien o algo las interfirió. Ya no sé más ni ella tuvo tiempo de decirme quién o dónde se la llevaban. Esto es todo.

García meneó la cabeza.

—Lo mejor será, dejarlo, amigo. Véngase conmigo; lo de la chica ya no tiene remedio. Ellos, los de la Psicopolicía, la han atrapado y no la soltarán. Y si usted es tan tonto como para tratar de buscarla, lo más seguro es que caiga en manos de esos bandidos.

—Entonces… ¿qué es lo que harán con ella? —inquirió Alan con ansia.

—¡Psé! Lo más seguro es que la sometan a tratamiento… No sufrirá ni padecerá ni perderá la memoria ni la conciencia de quién es, pero sí la despojarán de esas cualidades que usted y yo poseemos, aunque en grado distinto. Volverá a ser una chica normal y eso es todo.

—Pues es un plan que no me disgusta —dijo Alan—. Igual podrían hacérmelo a mí.

—¡Oh, usted sería diferente! Sus poderes son muy superiores. Eso de desmayar a una persona con sólo desearlo es algo terrible, y lo que le harían, con toda seguridad, sería bastante más que una operación quirúrgica y luego un tratamiento de reeducación. Lo convertirían en un idiota para que no pudiera representar ningún

peligro para ellos y ya no sería nunca más, no el que es ahora, sino el que fue antes. En una palabra, le destruirían completamente el cerebro, de tal modo, que hasta tendrían que darle de comer como a un niño pequeño.

Alan miró espantado a su interlocutor. Éste, implacable, prosiguió:

—Se lo digo porque ya hace años que yo vivo así, Alan, y con el paso de los tiempos he conseguido aprender muchas cosas. Una de ellas… ¿por qué se cree que bebo con tanta frecuencia? Es gracias al alcohol que me han dejado tranquilo, creyéndome que soy un bebedor consuetudinario y una persona, por tanto, que no ofrece el menor peligro para ellos. Pero si supieran que la mitad de las veces no sólo no estoy borracho, sino que finjo estarlo, me dedicarían mucha más atención de la que hasta ahora me han dedicado. ¡Ea —concluyó el pintoresco personaje—, no se lo piense más y véngase conmigo! A la chica ya no la verá más; todo lo que haga será inútil, además de comprometedor. Véngase conmigo y verá como la Psicopolicía le deja en paz. ¡Hay un arroyo allí con unas truchas que quitan el sentido!

Alan movió la cabeza. Se sentía un traidor a Crystela, a pesar de no haberla visto más que una sola vez, pero sabía también que su interlocutor tenía mucha razón. Él no anhelaba aquellos poderes, no los deseaba; lo único que quería era vivir como una persona normal, y el ofrecimiento de García le proporcionaba la ocasión de hacerlo.

Se dejó llevar, sintiéndose una injusta víctima de las circunstancias.

CAPÍTULO VI


a aguda vista de Alan percibió la trucha mucho antes de que ésta se diera cuenta de la falsa mosca que se agitaba en el agua. La mente del joven entró en contacto con el rudimentario cerebro del animal, impartiéndole la orden de atrapar el vistoso insecto que se debatía al final del hilo. El animal no supo resistirse y avanzó una docena de metros a contracorriente hacia su perdición… y hacia la sartén.

García tiró de la caña con súbito gesto, al mismo tiempo que lanzaba un grito de exultante alegría. El infeliz pescado se debatió unos momentos, prendido por el anzuelo, antes de caer en la red que lo sujetó para que su pescador pudiera asestarle un golpe en la cabeza y reducir sus movimientos.

García sacó la trucha de la manga de mallas y la levantó en alto, tomándola por la cola.

—¡Fíjate, Alan! —gritó—. Lo menos hay dos kilos de excelente carne. ¡Menudo banquetazo vamos a darnos!

Alan sonrió. Aunque en su fuero íntimo se dijo que aquello era pescar con trampa, la glotonería se impuso, acallando aquellos mínimos remordimientos.

García tiró la caña a un lado.

—Por hoy ya está bien. ¿Qué te parece si preparamos la comida?

—Muy bien. Es una buena idea, Pedro.

No tuvieron que moverse apenas del lugar en que se hallaban. La cabaña del singular personaje estaba situada de tal modo, que su terraza daba directamente sobre el riachuelo que pasaba por su lado con rápida corriente, blanqueada en ocasiones por las espumas originadas por algunas rocas que sobresalían de su lecho. Pero justo bajo la misma casa existía un gran remanso, de unos veinte metros de ancho por casi el doble de largo, sombreado por copudos árboles, en donde la pesca era tan abundante que casi no había más que alargar la mano para coger los peces. Además, el remanso les servía para practicar la higiene y la natación.

Hacía ya algunas semanas que Alan y García se encontraban en la cabaña, sin que hasta el momento nadie les hubiera molestado. La tez del joven se había tostado, abandonando el pálido tono propio de los que viven constantemente en las aglomeraciones urbanas, y hasta su cintura se había ensanchado en algunos centímetros, consecuencia de los kilos de más adquiridos en aquel paradisíaco retiro.

Alan no había dejado de meditar en algunas cosas que él había encontrado y calificado como de demasiado coincidentes. Por ejemplo, el helichorro que García ya tenía preparado, con un buen cargamento de víveres en conserva y en el cual habían llegado hasta aquel agreste y solitario paraje. También había algunos puntos más, que el joven consideraba un poco penumbrosos respecto a la conducta de su compañero, pero un poco por delicadeza y otro poco por el tranquilo modo de vivir que llevaban, había ido postergando su aclaración, sin que en el momento presente supiera más de su compañero que el día en que lo conoció.

Por otra parte, tampoco era esto cosa que le preocupase mucho. Los incidentes que le habían sucedido casi dos meses atrás, habían pasado prácticamente al olvido. Aquellas veinticuatro horas habían sido pródigas en emociones, pero a veces Alan, cuando se daba cuenta de la paz que le rodeaba, se preguntaba si todo aquello no

habría sido un sueño… pensamiento que indefectiblemente abandonaba de modo instantáneo cuando, para comprobar que sus facultades no sólo no se habían perdido, sino que continuaban en aumento, trasladaba una silla de un lado al otro de la habitación o quedaba suspendido en el aire, a unos centímetros del suelo, en un puro ejercicio de levitación.

García vino con la sartén, en la cual crepitaba todavía la grasa en que había freído la trucha. El manjar exhalaba un olor delicioso y los dos amigos se lanzaron al ataque sin ningún preámbulo.

Veinte minutos más tarde sólo quedaban las espinas como único rastro de aquel pescado tan delicioso. Con una taza de café en las manos, García se dejó recostar en su asiento.

—¡Mmm…! Estaba riquísima, ¿eh, Alan?

—Deliciosa —corroboró el joven, tomando un sorbo de café.

—Mientras que la estaba friendo, se me ocurrió una cosa, Alan.

—¿De qué se trata? —murmuró el joven, sintiéndose invadido por una dulce somnolencia.

Con el pensamiento vio su hamaca colgada sólo por uno de los cabos y pensando en ir a utilizarla unos minutos más tarde, tomó, con la mente el otro cabo, sujetándolo en torno al árbol opuesto.

—Durante este tiempo me has hecho alguna demostración de tus portentosas facultades. Una vez me quitaste la botella de las manos, para evitarme beber…, otra vez me pusiste el cigarrillo en la boca…, bueno, esas cosas que tú haces de vez en cuando, como lo de ordenar a la trucha que mordiera el anzuelo. Porque estoy seguro de que has sido tú, ¿verdad?

Alan sonrió.

—Me parece que tu estómago no estará quejoso por esa orden, Pedro —dijo.

—¡Oh, no, claro que no! Como tampoco me quejo del día aquel en que inmovilizaste a la liebre para que yo la pudiera atrapar con las manos, en lugar de disparar la escopeta. Fue una buena idea, Alan; así no se oyó el estampido, cosa que hubiera podido atraer algún curioso.

—Bien, ¿y qué más? —terminó el café y dejó la taza sobre la mesa.

—Estoy pensando… —murmuró García muy concentrado—. Un hombre con tus facultades… Una vez lo leí en una revista y lo

estimé fantástico a más no poder, pero después de haberte visto en acción, no me extrañaría nada que tú pudieras hacer lo mismo… Sí, yo creo que con un poco de autoeducación también lo podrías hacer, Alan.

—Bueno, pero ¿de qué se trata?

—Verás… Aquella revista decía que un hombre con un total dominio de su mente podría ejecutar hazañas que no se creerían posiblemente ni aun presenciándolas directamente. Un hombre con tus poderes mentales dominaría a su cuerpo átomo por átomo, de una forma total e individual al mismo tiempo, impartiendo trillones de órdenes a la vez a trillones de átomos, los cuales le obedecerían de modo absoluto, sin la menor remisión. Pero, claro —agregó García con un leve encogimiento de hombros—, esto es sólo una fantasía. ¿Cómo va a poder un hombre mandar en los átomos de su cuerpo? El fulano que escribió el artículo debía estar chiflado.

—Sí —dijo lacónicamente el joven, muy pensativo.

García se puso en pie. Empezó a recoger las cosas de la mesa.

—Bueno, voy a fregar la vajilla. A la noche lo harás tú. ¿Vas a echarte la siesta?

Alan disimuló un bostezo.

—Me tumbaré un rato en la hamaca. Hasta luego, Pedro —contestó, levantándose.

Salió de la cabaña, dirigiéndose a una pequeña explanada situada delante de la misma, en donde había varios gruesos abetos de recto tronco, situados sobre una especie de acantilado de escasa altura que caía verticalmente sobre las aguas del riachuelo. Allí estaba su hamaca y trepó a ella tendiéndose a lo largo, con las manos bajo la nuca.

Cerró los ojos. Pero no trató de dormir. Por el contrario, su cerebro empezó a trabajar activamente, recordando las últimas palabras pronunciadas por García. ¡El poder de la mente dominando los átomos componentes del organismo humano! Era increíble… pero acaso se pudiese conseguir. Podría disociarlos momentáneamente, reuniéndolos luego uno a uno y devolviéndolos a su primitivo estado. Esto abría ante él una vasta extensión de nuevas posibilidades que añadir a las ya existentes. Podría aparecer y desaparecer súbitamente, a su antojo e incluso…

Sin poder contenerse, abrió los ojos. Puso una de sus manos

frente a sí. La miró atentamente durante unos segundos y luego, con un súbito pensamiento, la bajó hasta que su dedo índice tocó el grueso cabo que servía de marco a la malla de la hamaca.

Concentró todos sus pensamientos en el dedo. Aguzó su mente hasta límites fabulosos. Aumentó el poder visual de sus pupilas como nunca lo había hecho hasta entonces.

El Universo entero desapareció de sus ojos. Se encontró repentinamente flotando en una deslumbrante esfera de luz, rodeada de una absoluta negrura. Todo su cuerpo adquirió una ligereza y una ingravidez no sentidas hasta entonces.

Fijó su vista en el dedo que tenía sobre la cuerda. A medida que aumentaba el poder visual de sus pupilas, iba captando los menores detalles del pequeño órgano. Los poros, la piel, las venillas y arterias, las microscópicas ramificaciones nerviosas que llegaban hasta el exterior de la epidermis, todo lo vio con absoluta claridad, como si lo proyectasen en una pantalla gigante frente a él.

Pero aún vio más. Vio las células, las vio nacer, vivir, matar y morir, comer y ser comidas, en un increíblemente corto espacio de tiempo. Vio los glóbulos blancos devorando implacablemente los gérmenes nocivos. Vio las contracciones de los glóbulos rojos, aprisionando el vital oxígeno en su interior.

Y al fin vio las moléculas y luego los átomos con toda su corte de electrones. Y ordenó a su mente se introdujera por separado en cada uno de los átomos. Y a éstos les ordenó obedecer.

Y los átomos obedecieron.

Entonces…

Su dedo índice atravesó limpiamente el cabo del borde de la hamaca. Entonces, Alan aflojó la presión de su cerebro y todo tornó a estar como antes.

Se incorporó, sudando copiosamente. ¿Qué misteriosos poderes se albergaban en su cerebro? Sólo el pensarlo le hizo estremecerse como un azogado. ¿Qué uso haría de ellos? ¿En qué cosas los iba a utilizar? ¿Algo bueno y provechoso para la humanidad… o algo funesto, egoísta, que la sometiese a sus venales designios?

No lo dudó.

Su espíritu, recto y honesto, se sublevó contra el último pensamiento formulado. No, no podría hacer aquella cosa, aunque se lo ordenasen. Pero, además, ¿quién le iba a dar órdenes a él?

¡Nadie!

Se echó a reír, ajustando su equilibrio mental a la situación presente. Estaba allí para disfrutar de unas vacaciones posiblemente definitivas y no para romperse la cabeza con inútiles elucubraciones que de momento no podían servirle para nada. Había comprobado la veracidad de la teoría de García y esto debía serle suficiente.

Algo chilló por encima de él. Levantó los ojos.

Una paloma descendía raudamente, acosada por un halcón. Algunas plumas que revoloteaban lentamente probaban que la avecilla había conseguido eludir un ataque, pero que, posiblemente, no podría esquivar el segundo. Alan sintió lástima y al momento proyectó un dardo mental.

Cogido por sorpresa, el halcón chilló y revoloteó estruendosamente. Luego, emitiendo feroces graznidos, dio media vuelta y huyó velocísimamente hasta perderse de vista en pocos segundos.

Los ojos de su mente captaron un sangriento picotazo en uno de los flancos del animal. La paloma descendía planeando en busca de un lugar donde curarse, pero Alan lo hizo innecesario. Proyectó una orden y al momento la hemorragia cesó y los tejidos comenzaron a regenerarse. Sorprendida, el ave remontó el vuelo con rápido aleteo.

Volvió a la cabaña con la cabeza doblada sobre el pecho, muy preocupado ante los últimos incidentes ocurridos, y que le probaban un gigantesco aumento en el poderío de su cerebro. Tantos años, casi treinta, había tenido aquellos poderes latiéndole ocultos bajo la innocua capa de un vulgar ser humano, y ahora, casi de repente, había llegado a manifestarse en forma desbordante y avasalladora.

Durante toda la tarde no hizo otra cosa que haraganear en torno a la cabaña. A última hora, sin embargo, decidió fatigar un poco su cuerpo y tomó un hacha, con la cual estuvo partiendo leña. Si la estancia allí se iba a prolongar, era preciso que tuvieran repuesto de combustible para el invierno. En aquel lugar se carecía casi de las comodidades actuales y a excepción de un pequeño motorcito nuclear para generar la luz eléctrica, todo se hacía como dos siglos antes. Incluso carecían de frigorífico, pero esto no tenía la menor importancia si contaban con el incomparable concurso de las frescas y limpias aguas del arroyo.

El sol teñía de rojo las crestas de las montañas próximas cuando los dos compañeros se sentaron nuevamente a la mesa.

Alan inició el diálogo haciendo una pregunta.

—¿Crees que los de la Psicopolicía seguirán buscándonos, Pedro?

El aludido se encogió de hombros.

Dijo:

—Por mí… Aquí estamos seguros y, además, con el entrenamiento que tenemos, es difícil que lleguen a encontrarnos por medio de sondeos mentales.

—Eso no lo sabía yo —dijo el joven muy sorprendido.

Pedro preguntó:

—¿Qué es lo que no sabías?

—Sencillamente, que hubiera también telépatas en la Psicopolicía.

—Bueno, ¿y qué esperabas que hicieran, compadre? ¿Buscamos a estilo antiguo… o colgar nuestras efigies en las oficinas de correos y de los «*sheriffs*»? Al enemigo se le combate siempre con sus mismas armas, no olvides nunca este axioma, Alan.

El joven dejó el tenedor sobre el plato, muy preocupado.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó García, al observar su silencio.

—Pues… estaba pensando en una cosa. Si los hombres de la Psicopolicía poseen también nuestras facultades y, esto es un ejemplo, por supuesto, un día logran eliminamos a todos nosotros, los que no estamos con ellos, ¿no se aprovecharán entonces para hacer lo mismo que tratan de achacarnos?

García alzó los hombros.

—Y a mí, ¿qué? Yo soy feliz viviendo en esta cabaña y no pido más. Por mi parte, que gobierne el mundo Pedro que lo gobierne Juan, me importa un rábano. Ninguno de ellos —concluyó filosóficamente—, te va a rebajar los impuestos ni te dará gratis la comida.

Alan estuvo a punto de objetar que su compañero parecía haberla obtenido así, pero se abstuvo de ello. Tomó el tenedor y vació el plato.

Terminaron la cena. Ya era casi de noche. Alan se levantó y empezó a recoger la vajilla. Con los platos en la mano, se dirigía hacia la cocina cuando, de pronto, se volvió y dijo:

—La tienes ahí, Pedro.

Éste le miró, enormemente sorprendido.

—¿Qué es lo que tengo aquí, muchacho?

—El agua. Mira la jarra. Está sobre la mesa y el vaso al lado.

—No acabo de comprenderte, Alan.

—¡Cómo! ¿No acabas de pensar que tenías sed?

—¡No! ¡Qué tontería! ¿Por qué iba a hacerlo si…?

Pero el joven no escuchaba ya las palabras del dueño de la cabaña. Una horrible sospecha acababa de formularse en su mente.

—¡Pedro! ¡Alguien ha franqueado mis defensas mentales! —gritó.

García dio un bote en el asiento.

—¿Eh? ¿Cómo? ¡Eso es imposible, muchacho!

Alan dejó los platos sobre la mesa y se puso ambas manos en las sienes.

—Sí —murmuró—. Acabo de percibir una llamada. Habrá sido quizá un descuido mío y alguien ha profundizado hasta mi cerebro.

—¡Diablos! —exclamó García, poniéndose en un pie—. Eso es más serio de lo que parece… y significa que alguien anda por aquí cerca.

Los dos hombres se miraron fijamente durante unos segundos. Después, García dijo:

—Para ciertas cosas, no hay más que un remedio. Voy a coger la escopeta y verás tú como…

Alan extendió el brazo.

—No… no es necesario —murmuró, concentrado intensamente en sí mismo—. Estoy viendo a esa persona que dice tener sed… Es una mujer y no se encuentra lejos de aquí… Parece perdida…

—¡Cuidado, Alan! ¡La Psicopolicía gasta bromas de muy mal gusto!

—No —afirmó Alan rotundamente—. He sondeado libremente su cerebro. Ella no lo sabe, por supuesto. Carece de nuestras facultades. Lo único que le sucede es que está muy apurada por haberse perdido entre las montañas y le da miedo la noche que se acerca. ¡Tenemos que socorrerla, Pedro!

—Bueno —murmuró éste filosóficamente—, si lo aseguras tú. Pero yo estaré vigilando alerta todo el tiempo y…

—¡Vamos, pronto! —gritó súbitamente el joven—. ¡Un puma

está acechándola y ella no lo ha visto!

CAPÍTULO VII


l salir, Alan tomó una antorcha eléctrica. No porque él la necesitase, ya que excitando la sensibilidad de su visión, podía ver lo mismo que si fuera de día, sino por hacer señales a la mujer que se había perdido por aquellos parajes. Corrió unos metros y luego se detuvo. García, que venía tras él, chocó contra su espalda, empujándole.

—¿Qué diablos haces ahí parado?

Alan no contestó. Tenía su mente concentrada en la escena que estaba sucediendo a unos cientos de metros de distancia, hacia el oeste, en una dirección completamente opuesta a la que seguía el arroyo.

En aquel lugar, uno de los más fragosos y selváticos de la montaña, había una mujer. Era joven y esbelta, de tez pálida y cabellos negros, que en aquellos precisos instantes acababa de darse cuenta de unas pupilas fosforescentes que la acechaban en la oscuridad.

Todo esto lo percibió Alan con sus ojos psíquicos. La joven, aterrorizada, retrocedió hasta que el tronco de un árbol se lo impidió. Entonces se quedó mirando al puma con ojos desorbitados por el espanto.

Alan oyó también los guturales sonidos que salían de la garganta del felino y percibió la tensión de todos sus músculos en el instante inmediatamente anterior al salto. El puma se hallaba sobre una rama situada casi encima de la muchacha y caería sobre ella de modo inevitable, a poco empeño que pusiera.

Alan se dio cuenta de que físicamente no podía hacer nada, a causa de la excesiva distancia que le separaba del lugar del hecho. Entonces puso en juego toda la formidable potencia de su cerebro.

Un sonoro rugido se escapó de la garganta del puma al abalanzarse sobre la muchacha. Ésta lanzó un grito.

Pero el puma no alcanzó nunca su presa. Su salto quedó interrumpido a mitad de camino. Pareció como si chocara contra una invisible pared de vidrio, cayendo luego de una forma completamente vertical. Luego quedó en el suelo, absolutamente inmóvil, convertido en una masa de piel negra en la cual no se advertía el menor signo de vida.

Alan se pasó la manga de la camisa por la frente, completamente empapada de sudor a consecuencia del fenomenal esfuerzo de distancia, sus dardos mentales habían penetrado en el cerebro del felino, disociándole instantáneamente todas sus células y causándole la muerte por parálisis de los centros nerviosos.

Alan se quedó espantado de su propia obra. Por unos momentos le acometió un súbito temblor, tan perceptible que no pudo por menos de ser advertido por su compañero. ¿Qué ocurriría si un día se encontraba con un hombre dispuesto a matarle?

La mano dé García se apoyó en su hombro.

—Vamos, no hagas caso —dijo—. Al fin y al cabo, era una fiera. La muchacha está aguardándonos.

Alan sacudió la cabeza.

—Sí, está aguardándonos —repitió.

Poco más allá, encendió la linterna y empezó a dar gritos hasta escuchar una respuesta.

—¡Estamos aquí! —gritó.

Un par de minutos más tarde, la muchacha estaba frente a ellos.

—¡Oh, gracias, Dios mío! —exclamó, visiblemente aliviada—. ¡Creía no hallar jamás una persona por estos parajes tan desiertos!

—Oímos sus gritos de socorro —dijo Alan—, y pensamos que alguien podría hallarse en un apuro. Entonces fue cuando… Pero veo que se encuentra bien, ¿no es así?

Ella asintió, desviando la mirada del haz de luz de la linterna. Alan advirtió que tenía las ropas desgarradas por algún sitio y que todas las señales que presentaba eran de haber pasado unas cuantas calamidades mientras se hallaba perdida en la serranía. Una semivacía mochila colgaba de sus hombros y en el costado izquierdo tenía un cuchillito sujeto al cinturón.

—¿Qué hacía por aquí? —inquirió Alan.

—Practicaba el excursionismo —repuso ella—. Estaba ya más que harta de la ciudad y decidí oxigenarme un poco. Quise pasarme una semana o dos en las montañas, viviendo de mis propios recursos… pero está visto —concluyó con triste sonrisa—, que no sirvo para ello.

—Bueno, bueno —terció García—, no se preocupe. Nosotros estamos aquí para cuidarla hasta que se encuentre restablecida del todo. Deme su mochila, por favor.

Ella accedió. Alan dio su nombre y el de su compañero y la muchacha hizo lo mismo, diciendo llamarse Ada Rishant.

—Venga con nosotros —dijo Alan—. Estará cansada y, con toda seguridad, también hambrienta, ¿no es así?

Unos minutos más tarde se hallaban de nuevo en la cabaña. García dejó la mochila en un rincón y dijo:

—Voy a prepararle algo de cena, señorita Rishant.

—Gracias, pero, por favor, supriman los tratamientos y llámenme Ada a secas —sonrió ella.

Cuando se hubieron quedado solos, Alan preguntó:

—¿Tiene usted familia, Ada?

—No —contestó ella con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué lo pregunta?

Alan prendió fuego a un cigarrillo.

—Verá —dijo—. Pedro y yo estamos aquí pasando una larga temporada de vacaciones. No sabemos cuánto durará, pero es muy posible que permanezcamos aquí todavía hasta la primavera próxima, es decir, hasta la salida del invierno. Y estamos en verano

con que calcule… Lo decía porque no tenemos teléfono ni radio ni ningún otro medio con el cual ponemos en contacto con la civilización. Y si usted no tiene familia a quien avisar, seguramente tendrá alguna amiga íntima que…

Ella denegó con la cabeza.

—No tengo a nadie, Alan, y a nadie he de dar cuenta de mis actos. Gracias por su ofrecimiento, y ahora permítame que le diga que su actitud me encanta. Considero una idea magnífica, la de aislarse aquí, alejados de todo centro urbano y, la verdad, es una lástima que yo no pueda hacerlo.

—No estoy enterado de sus interioridades —dijo Alan— y, por lo tanto, no puedo prejuzgar. Pero si mi opinión sirviera, la invitaría a quedarse una temporada con nosotros. Desgraciadamente, no soy el dueño de la casa, sino solamente un invitado.

Mientras tanto llegó García con una bandeja llena de alimentos y una jarrita con café. Ada se aplicó a la comida, devorándola en pocos momentos.

Mientras comía, Alan sondeó cuidadosamente el cerebro de la muchacha, no hallando nada de particular, excepto que tenía hambre, estaba cansada, se había perdido, se encontraba muy fastidiada por tener que volver a su oficina, que ellos eran muy simpáticos, que la cabaña era muy bonita y acogedora y que, si pudiera, se quedaría allí una buena temporada.

—No creo que el amigo Pedro pusiera ningún inconveniente —dijo Alan, de modo maquinal.

Los dos le miraron con gesto de sorpresa.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —preguntó García.

Alan miró fijamente a la muchacha y se puso muy colorado.

—Pues… no sé… quizá a Ada le gustaría quedarse aquí una temporada. Pero eso debes decidirlo tú, Pedro; eres el dueño de la casa y…

—Dejo la decisión en manos de Ada —contestó el aludido—. Por mí no hay ningún inconveniente en que se quede, no sólo una semana, sino un año, si es preciso y le gusta.

—Son ustedes muy buenos —dijo la muchacha, íntimamente conmovida—. Pero me acogen sin ninguna desconfianza, sin saber quién soy ni qué hago por estos parajes. Podría ser una criminal que huyese de la justicia.

Pedro soltó una estentórea carcajada.

—¡Alan, escucha! ¡Ella una criminal! ¿Te das cuenta… con esa carita de ángel? Vamos, vamos, mi querida señorita, no diga tonterías. Usted no es eso ni mucho menos y, además, no nos causa ninguna extorsión el que se quede aquí con nosotros. Repito que es usted la que tiene que decidirlo…, pero no se resuelva sin antes consultarlo con la almohada.

Ada durmió en la habitación que hasta entonces había ocupado Alan y éste se pasó a la de Pedro, en la que había dos camas superpuestas, tipo litera. Cada uno ocupó la suya y, cuando hubieron apagado la luz, en tanto fumaban el último pitillo, Alan preguntó:

—¿Qué opinas tú de Ada, Pedro?

—¡Psst…! —le recomendó éste silencio—. No hables en voz alta; recuerda que duerme pared por medio.

«—Entonces —respondió el joven—, tampoco es necesario que hablemos. Podemos comunicarnos mentalmente».

«—Una buena idea, Alan —aprobó Pedro—. ¿Cuáles son tus sospechas acerca de Ada?».

Alan emitió una silenciosa carcajada.

«—De modo que crees que sospecho de Ada, ¿eh? Y ¿en qué fundas tu suposición?».

«—En que piensas más o menos lo mismo que yo, compañero. La Psicopolicía tiene el brazo muy largo y acaso Ada pudiera ser uno de sus dedos».

«—¡Hum! Lo veo difícil, Pedro».

«—¿Por qué?».

«—La he sondeado mientras cenaba. Tiene la mente abierta por completo y ni se ha dado cuenta de que la estaba examinando el cerebro. No pude encontrar en ella ningún pensamiento que pudiera ponernos sobre alerta. Lo más aproximado que le supe hallar fue que nos consideraba como muy simpáticos».

«—No está mal —aprobó Pedro—. Algo es algo. De todas formas, tanto si se va como si se queda, debemos tener mucho cuidado con ella. La Psicopolicía emplea unos métodos muy astutos y no me extrañaría lo más mínimo que Ada fuera un instrumento inconsciente de Hickens».

«—Si Hickens se acerca por aquí, le daré un disgusto».

«—Mejor será que no venga, Alan. Estamos muy bien sin él».

«—De todas formas, hemos de pensar en una cosa, Pedro: que no podemos quedarnos eternamente aquí. Algo hemos de hacer, ¿no?».

«—Por supuesto, pero de aquí a la primavera queda casi un año y en este plazo pueden pasar muchas cosas. Incluso puede suceder que Hickens se olvide de nosotros».

«—Ojalá, pero no lo creo. En su caso, pienso que nunca está mejor aplicada la frase “memoria de elefante”. Y no me perdonará haberme escabullido de sus garras».

»—¡Bah! Que haga lo que quiera. Alan, si ese tipo aparece por aquí, tú ya sabes lo que debes hacer con él: lo mismo que hiciste con el puma».

El joven se estremeció.

«—¡Oh, Dios mío, no!».

«—¿Por qué?».

«—Sería horrible usar tales poderes con una persona, Pedro. Aunque estuviese a punto de… de morir, no sé si me resolvería a hacerlo».

«—¡Pamplinas! Cuando uno es atacado, se defiende con las armas que primero tiene a mano. Y las tuyas son las más formidables que nadie haya conocido jamás. Estoy seguro de que, si lo desearas, incluso podrías levantarme en el aire y hacerme dar un paseíto por la habitación».

«—Claro que sí, pero no veo la necesidad de hacerlo».

«—Bueno, necesidad estricta no la hay, por supuesto, pero ¿por qué no pruebas? Anda, por favor, quiero comprobarlo. Quizá un día pueda hablar de ti, y decir: “Era el tío más formidable que he conocido en mi vida. Hubiera podido mover la Tierra si hubiera puesto en ello el empeño suficiente”. ¡Vamos, complace a tu viejo amigo! Una sola vez y no volveré más a pedírtelo».

Alan vaciló. Se sentía renuente a hacer lo que Pedro le pedía, pero, por otra parte, una especie de infantil vanidad le impulsaba a demostrar la terrible potencia de su mente. Flaqueó y acabó por ceder.

«—Bueno, prepárate. Relaja tus músculos, relaja tu cerebro, no hagas nada, ¿estamos?».

«—Okey, compañero. Cuando quieras».

Alan se puso las manos en las sienes, más por un gesto

puramente maquinal, que porque realmente necesitara de tal ayuda. Se aisló de todo, concentrándose en el cuerpo que había bajo él.

Luchó bravamente durante unos segundos contra las fuerzas que trataban de contrarrestar sus deseos. Pero, al fin, con un esfuerzo supremo, levantó a Pedro a unos centímetros de la colchoneta.

«—¡Bravo, compadre! Ya estoy en el aire; ahora sigue».

Alan hizo otro esfuerzo y sacó a Pedro fuera de la litera, suspendiéndolo a medio metro del suelo. Después le hizo dar una vuelta completa en torno al dormitorio y, por último, quiso completar su hazaña, izándolo hasta su altura.

Completamente inmóvil, rígido como una tabla, Pedro permanecía suspendido horizontalmente en el aire, acercándose poco a poco a su amigo, ganando altura con relativa lentitud. Era una demostración asombrosa del poderío mental del joven y García quiso expresárselo.

Pero no tuvo tiempo de hacerlo. Súbitamente ocurrió algo completamente inesperado.

Algo chocó contra la mente del joven. Fue como un dardo de fuego, invisible pero no por ello menos doloroso, como un pistoletazo mental, que impactó de lleno en su cerebro, arrancándole de él toda la fuerza durante una pequeñísima fracción de tiempo. En el segundo escaso que duró aquel sorprendente golpe, Alan perdió por completo la noción de lo que estaba haciendo, como si hubiera sufrido un desmayo de cortísima duración.

Se recuperó al instante, pero ya era tarde. Falto de su apoyo mental, García dio con su cuerpo en el suelo, produciéndose una monumental costalada, que le hizo ver todas las estrellas. El dolor recibido fue tan grande que incluso se olvidó de usar la mente para comunicar con su amigo.

Exclamó:

—¡Diablos! ¡Alan! ¿Qué es lo que te ha ocurrido?

El joven se sentó en su litera, pasándose las manos por la frente completamente empapada de sudor.

—No lo sé —dijo—. He sufrido un choque fortísimo, inesperado, y he perdido la noción de lo que estaba haciendo. Cuando quise darme cuenta, ya habías caído al suelo.

García se levantó, haciendo muecas y frotándose la cadera dolorida.

—Podías haber fallado en otra ocasión —refunfuñó—. ¿A qué lo atribuyes?

—No puedo decírtelo —contestó el joven, hondamente preocupado—. No tengo la menor idea. Fue como si en ese segundo hubiera perdido por completo mis facultades. Sé que las tengo, que sólo ha sido un pequeño incidente relativamente sin importancia, pero…

García se le acercó con expresión ansiosa.

—Alan —dijo con voz muy tenue—, ¿no crees que hayas podido sufrir una interferencia extraña?

—¿A qué te refieres?

—Pues… como si alguien hubiera lanzado un dardo mental contra tu cerebro, interfiriendo la acción que estabas ejecutando. Algo así como cuando alguien realiza una emisión de radio y otro, desde un punto distinto, emite en la misma onda, con objeto de perturbar al primero, ¿me entiendes?

Alan asintió, hondamente preocupado.

—Sí, algo de eso me pareció, pero no podría asegurarlo.

—¡Hum! —masculló Pedro—. ¿Tendremos a Hickens por estos andurriales?

Alan negó:

—No siento ninguna mente humana cerca de aquí, Pedro.

—Te olvidas de la muchacha. Está al otro lado de la pared.

—¡Ella no ha podido ser! —barbotó el joven—. Ya te dije que la he sondeado su mente y…

Pedro le interrumpió:

—Bueno, bueno, no te excites, compadre —dijo García, tratando de aparecer conciliador—. De todas formas, yo no me fiaría mucho de ella y procuraría tenerla bajo vigilancia mientras que esté aquí. Hazlo así, te lo recomiendo.

—Está bien —murmuró Alan, echándose hacia atrás—. Pero ahora quiero dormir. Estoy verdaderamente cansado.

—Me lo supongo —contestó el otro, haciendo lo propio.

Antes de cerrar los ojos, Alan vio, con los de la mente, la imagen de una mujer que se le presentaba todas las noches al tiempo de dormirse. La veía pidiéndole auxilio una y otra vez y él le traicionaba, huyendo cobardemente para esconderse. ¿Qué sería de Crystela? ¿Qué la habrían hecho los esbirros de la Psicopolicía?

Más preocupado que nunca, se felicitó, sin embargo, de poseer un tan absoluto dominio sobre sí mismo, porque, de otra forma, se hubiera pasado la noche en vela. Así, se dio la orden de dormir y lo hizo de modo instantáneo, olvidando en un segundo todas sus preocupaciones.

CAPÍTULO VIII



l hombre se presentó de tan brusca manera, que nadie se dio cuenta de su presencia, hasta que Ada, sin poder contenerse, hubo exhalado un gritito de sorpresa.

Alan se puso en pie, soltando la caña con la cual estaba dando a la muchacha unas cuantas lecciones sobre la pesca de truchas. Un poco más allá, García asomó la cabeza por una de las ventanas de la cabaña.

El hombre era joven, unos treinta y cinco años, bajo, fornido, y vestía las ropas propias para usar por aquellos parajes. Llevaba una mochila a la espalda y del hombro izquierdo le pendía un corto rifle de caza de dos cañones, uno para bala y otro para cartucho de perdigones. Un pesado cuchillo pendía del lado izquierdo de su cinturón y se cubría la cabeza con un sombrero de anchas alas.

«—¡Vaya! Esto se está poniendo demasiado concurrido en los últimos tiempos. Sondéalo, Alan, ¿quieres?».

El joven accedió a la petición mental de García y rastreó el

interior del cerebro del recién llegado, no hallando en él nada que pudiera hacerle sospechar.

—¡Buenos días, amigos! —gritó el individuo desde la otra orilla del arroyo—. Me he perdido por estos andurriales y no sé dónde me encuentro. ¿Tendrían ustedes algún inconveniente en orientarme?

—Por supuesto que no. Venga y descanse un poco primero —contestó Alan. Luego se dirigió a la muchacha—. Continuaremos más tarde, Ada.

—Como quieras —repuso ella, fijándose en los surcos que la preocupación por el recién llegado había labrado en la frente del joven. Pero no dijo nada más.

—Me llamo Vic Martin —dijo el recién llegado, sentado ante la mesa y con una taza de café en la mano—. Gracias por su acogida, pero llegué a pensar que iba a dejar mis huesos por estos andurriales.

—Afortunadamente no ha sido así, Martin —rió García—. ¿Más café?

El individuo se puso en pie.

—No, gracias; tengo más que suficiente. Ahora quisiera que me indicaran el camino.

García salió con Martin hasta la puerta de la cabaña. Alan quedó detrás, contemplándolos con expresión especulativa.

Cuando hubo recibido las instrucciones necesarias, Martin se volvió.

—Gracias por su acogida, amigos —dijo—. Éste es un lugar maravilloso y de buena gana me quedaría, pero tengo asuntos que me reclaman. ¡Adiós a todos!

Alan, se mantuvo en silencio viendo alejarse a Martin[1].

Ada estaba a su lado, en actitud muy parecida. Pero no dijo nada.

«—Alan, ese tipo no me gusta —pensó García».

«—¿Por qué? Yo no le he encontrado nada de particular en su cerebro».

«—Sigo opinando que Hickens es muy listo, Alan. Hemos de tener mucho cuidado. Haz una cosa, por favor».

«—Muy bien. ¿De qué se trata?».

«—Finge que estás cansado y túmbate en la hamaca. Luego conecta tu mente con la de Martin y síguele hasta donde puedas».

«—Pero no es posible que un individuo esté pensando únicamente en regresar cuanto antes a la ciudad y atender a sus negocios, y al mismo tiempo intentar algo ofensivo contra nosotros».

García soltó una risita mental.

«—Te sorprendería la cantidad de cosas que una persona puede hacer con su cerebro. Tienes en el tuyo un poder fabuloso, pero todavía ha de pasar mucho tiempo antes de que puedas utilizarlo como es debido. Haz lo que te digo, te lo ruego».

«—Está bien —refunfuñó el joven, bastante fastidiado, pues estaba pasando un rato muy agradable con Ada—. Lo haré, pero sólo durante media hora».

«—Con eso es más que suficiente».

Alan se volvió hacia la muchacha. Cada día le gustaba más y poco a poco el agridulce recuerdo de Crystela se iba desvaneciendo lentamente ante la honda mirada de aquellas oscuras pupilas.

—Dispénsame un rato —dijo—; estoy algo cansado y desearía reposar.

—Haz como quieras —repuso ella con tranquila sonrisa—. Mientras tanto, trataré de seguir tus enseñanzas y haré que las truchas se diviertan a cuenta mía.

Alan salió de la cabaña y la rodeó, yéndose al lugar donde estaban situadas las hamacas. Se tumbó en una de ellas, cerró los ojos físicos y abrió por completo los de la mente.

Su mirada psíquica atravesó el bosque de abetos hasta hallar la mente de Martin. La sondeó una vez más, sin encontrar en ella nada de particular.

Aburrido, para pasar el tiempo, se entregó a un nuevo ejercicio: contemplar las cosas a través de los ojos de Martin. Así se divirtió viendo a una ardilla almacenar sus provisiones invernales, observó detenidamente los arrullos de dos tórtolas y otras cosas más con las cuales Martin parecía distraerse en tanto seguía el camino que le devolvería a la civilización.

Tan abstraído estaba el joven en su ocupación, que no se dio cuenta de que el tiempo volaba y que se había cumplido con exceso el plazo señalado por Pedro. Se sobresaltó bruscamente al sentir en su cerebro una pregunta de éste.

«—¿Qué hace el sospechoso, Alan?».

«—¿Eh? Oh, nada de particular… ¡Aguarda! ¡Un momento, Pedro!».

García percibió un «silencio» en su mente. Después…

«—¡Pedro!» —gritó el joven.

«—¿Qué te ocurre, Alan? Habla, pronto».

«—No veo nada. He perdido el contacto».

«—¡Maldición! Eso no es posible, Alan. Que me ocurra a mí, pase, pero a ti… ¿Qué diablos te ha sucedido?».

«—No lo sé. Tenía mi mente conectada con la de Martin, cuando, de pronto lo he visto todo blanco… Como si él hubiera puesto una cortina de defensa ante su cerebro. Ya no puedo distinguir nada ni sé lo que hace ni dónde está o el camino que ha tomado».

«—Eso es grave, Alan. Quiere decir que Martin es un espía de la Psicopolicía».

«—¿Estás seguro? Me dejó sondear su mente con toda libertad».

«—Oh, son muy astutos. Los tienen muy bien entrenados para aparentar lo que no son. Puede tratarse de uno de sus mejores agentes y éste te dejará que te pasees libremente por el interior de su cerebro. El individuo aislará de tus sondeos todo lo concerniente a ti y a su misión durante el tiempo que desee, sin que puedas hacer nada para evitarlo».

«—Lo cual quiere decir que hay gente que tiene los mismos poderes que yo o mayores todavía, Pedro».

«—En lo que se refiere a la sola telepatía, sí, desde luego. Ahora bien, emplear la mente como tú lo has hecho, levantándome en el aire o matando al puma con sólo desearlo, eso muy pocos pueden hacerlo, y no creo a Martin capaz de ello».

«—Bien, pero, si es un agente de Hickens, el caso es que sabe dónde nos encontramos, ¿verdad?».

García suspiró.

«—Desgraciadamente, así es, Alan».

«—Muy bien. Entonces, ya sé lo que tengo que hacer».

«—¿Qué es? Dímelo, pronto».

«—Aguarda un segundo».

Abrió los ojos y se tiró de la hamaca, dirigiéndose a la cabaña. Penetró en ella y se encontró a García sentado ante una mesa, aparentemente entretenido en hacer un solitario con un mugriento

mazo de naipes. Frente a él, Ada contemplaba con cierto interés el desarrollo del juego.

Alan se plantó frente a la pareja y dijo:

—Me voy de aquí.

—¡Cómo! —La exclamación fue unánime y tanto Ada como Pedro se pusieron en pie de un salto.

—Después de lo sucedido, comprenderás que no puedo seguir aquí ni un minuto más del tiempo estrictamente necesario, Pedro. Voy a prepararme una mochila con algunas provisiones y me iré en seguida.

—No puedo impedírtelo, Alan —murmuró pero, aparentemente resignado—. Lástima que las cosas hayan tenido que estropearse.

El joven dio media vuelta y se dirigió a su habitación. Tomó una mochila, en la cual puso algo de ropa limpia y luego sustituyó los cómodos mocasines que habitualmente utilizaba, por unas fuertes botas. Regresó a la cocina y terminó de llenar la mochila con algunas latas de conserva, y con los víveres más indispensables.

Un cuarto de hora más tarde, ya lo tenía todo listo. Se cargó la mochila a la espalda, asegurándose las correas y se dirigió hacia la salida.

Pedro no estaba ya, pero sí Ada. La muchacha vestía unos pantalones azules y una camisa hombruna, remangada hasta más arriba de los codos, y cuyo escote permitía ver el nacimiento de su delicada garganta.

—Te vas, Alan —dijo.

El joven puso, su mano sobre el brazo de la muchacha.

—Sí, Ada. Lo… lo siento de veras. En los últimos días, te había tomado bastante afecto. Te… te considero una buena chica, palabra, y quisiera explicarte lo que me ocurre, pero me es absolutamente imposible. No lo entenderías y acaso lo tacharas de fantástico. Sin embargo, puedo jurarte que no es nada malo.

—Me basta con que lo digas tú, Alan —contestó ella con sencillez—. Te deseo mucha suerte.

—¡Adiós, Ada!

—¡Adiós, Alan! —murmuró ella, y el joven pudo ver un brillo sospechoso en sus pupilas. Apretó suavemente su brazo y luego echó a andar con paso firme.

«—¡Pedro! —llamó, apenas hubo caminado unos cuantos

metros».

«—Adiós, viejo amigo. Que tengas mucha suerte. Dispénsame si no salgo a despedirte… pero no me gustan las escenas, ¿comprendes?».

«—Entiendo. Adiós, Pedro».

«—Adiós, Alan».

Así quedó cerrado aquel período de casi tres meses que el joven había permanecido oculto en las montañas. Había sido uno de los más felices de su vida y nunca se había sentido tan satisfecho, a pesar de sus preocupaciones, como durante todo aquel tiempo. Pero cuando llegó allí, sabía, a pesar de que para tranquilizarse a sí mismo, se lo ocultara, que un día u otro habrían de ser descubiertos, y ese día había llegado al fin. Una lástima, pero con gemir y quejarse no podía resolver su situación. Lo único que podía hacer era lo que ya estaba haciendo, aunque… ¿iba a pasarse toda su vida huyendo de la Psicopolicía? ¿Pensaba Hickens convertirlo en una especie de Judío Errante para, atosigándolo y acosándolo sin descanso, hacerle acceder a sus proposiciones?

Tal pensamiento le hizo fruncir el ceño. ¿Por qué no ir en busca de Hickens directamente y sostener con él una explicación franca y sincera, de la cual saliera una definitiva solución?

La idea pareció no desagradarle del todo y estuvo meditando acerca de ella, sopesando cuidadosamente el pro y el contra de la misma. Mas, antes de que hubiera podido tomar una decisión acerca del camino a seguir, su mente sufrió un choque por completo inesperado.

«—¡Alan!».

Se volvió en redondo, temblando como un azogado.

—¿Quién hay ahí? —gritó, sin poderse contener.

«—¡Soy yo, Ada! ¡Espérame, voy contigo!».

El joven se echó a temblar.

«—Pero…, pero ¡eso es absurdo! ¿Quién te ha dicho…?».

«—Oh, Alan, no te vayas. Aguárdame un minuto; en seguida soy contigo. Te lo explicaré todo al momento. ¡Por favor…!».

«—Está bien —contestó él, con la cabeza convertida en un puro torbellino—. Pero date prisa».

Aguardó a pie firme unos minutos. Muy pronto vio aparecer entre la espesura la silueta de la muchacha, la cual, corriendo

desalada, se le arrojó en los brazos.

—¡Alan, Alan! —exclamó, medio riendo, medio llorando—. No podía consentir que te fueras así… y yo no me iba a quedar aquí sola, ¿comprendes?

—Pero yo no te puedo ofrecer una vida cómoda. Soy…, bueno, no importa lo que soy ahora. Quiero decir que pasará mucho tiempo antes de que pueda disponer de un hogar estable… si es que algún día puedo conseguir tal cosa —concluyó con manifiesta amargura.

Ella dijo, firmemente:

—No me importa lo que seas ni lo que vayas a hacer, Alan. Quiero ir contigo a donde tú vayas, ¿comprendes?

El joven la miró con infinita ternura.

—Es imposible —murmuró.

—¿Qué es lo que consideras como imposible, Alan? —preguntó ella, todavía estrechamente abrazada con él, levantando sus inmensos ojos negros.

Alan dijo:

—Que en menos de una semana se hayan desarrollado en ti tales sentimientos. Lo ignoras todo de mí, en realidad, no sabes quién soy, ni qué hago… ni por qué huyo…

—Tú no has podido hacer nada malo, Alan. Además, ¿crees que una semana no es más que suficiente para enamorarse sinceramente como me ha sucedido a mí contigo?

—¡Oh! —exclamó él, aturdido y emocionado a un tiempo. De pronto, un súbito pensamiento le pasó por la cabeza—. ¡Ada! ¿Por qué me has llamado antes telepáticamente? ¿Quién te ha dicho que yo podía recibir tus mensajes de tal manera?

—Fue Pedro. Él me lo dijo. «Piensa en él con todas las fuerzas de tu mente y llámalo. Verás cómo te responde». Y así ha sido. Oh, Alan, ¿verdad que es maravilloso que nos hayamos podido entender de esta manera? ¿Crees que podremos seguir haciéndolo así en lo sucesivo?

El asintió, un poco desconcertado.

—Eh…, pues claro que sí, querida. Te enseñaré y… Vamos, ya hablaremos otro rato. Ahora hemos de darnos prisa. Tenemos que alejamos de la cabaña cuanto antes.

—¿Quién te persigue? —preguntó Ada, emparejándose con el

joven para marchar.

Alan apretó los labios.

Murmuró:

—No puedo decírtelo ahora, Ada. Lo siento, pero es así. Ten un poco de paciencia; quizá algún día pueda contártelo todo. Por ahora habrás de limitarte a poner toda tu confianza en mí.

—Por supuesto, querido —dijo ella, oprimiendo su brazo con fuerza.

Continuaron su cambio. Alan calló, hondamente preocupado por lo que le estaba sucediendo y sin que, por más esfuerzos que hiciera, lograra encontrar una solución. Por un momento pensó en marchar muy lejos, al otro extremo del mundo, pero desechó la idea casi al instante, dándose cuenta de que un día u otro, Hickens acabaría por darle alcance. No sabía cómo, pero presentía que se había convertido en la presa más codiciada por todos los miembros de la Psicopolicía y éstos no cejarían hasta echarle el guante. La idea de buscar a Hickens y enfrentarse de una vez con él, empezó a ganar puntos en su interior.

Durante varias horas siguieron andando a través de las montañas, procurando esquivar las sendas y caminos que podían ser frecuentados. Alan tendió sus dardos mentales en varias ocasiones, sin encontrar nada sospechoso.

El viaje transcurría sin incidentes.

Estaba diciéndose que, al fin, no tendrían otro remedio que salir a lugar habitado cuando, repentinamente, sin previo aviso, su mente sufrió el impacto de otra que desesperadamente trataba de llamar su atención.

Le llamaban.

«—¡Señor Kyne!».

¡Él conocía aquella voz!

El joven se detuvo instantáneamente, quedando extático, absolutamente inmóvil.

Su mente escuchaba.

La muchacha le miró.

—¿Qué te pasa, querido? —preguntó Ada, muy extrañada.

Alan no contestó. La llamada volvió a repetirse unos segundos después.

«—¡Señor Kyne! ¡Soy Vic Martin! ¡Hickens y los suyos me han

hecho prisionero! ¡Huya, pronto, antes de que le…!».

La transmisión quedó cortada brutalmente en seco. Alan lanzó dos o tres llamadas más, antes de convencerse de que todo intento de entablar nuevamente contacto con el individuo que le había llamado seria completamente inútil.

Alan tomó una rápida decisión.

Agarró la mano de Ada con fuerza.

—¡Vámonos de aquí! —gritó, y echó a correr en dirección opuesta a la que seguía, arrastrando consigo a la muchacha.

Pero súbitamente, sin previo aviso, de un modo por completo silencioso, media docena de hombres surgieron de la espesura y se arrojaron sobre la pareja.

CAPÍTULO IX



lan se maravilló de la forma en que aquellos individuos habían estado acechándoles, sin que hubiera sido capaz de adivinar su presencia en aquellos parajes. Pero no tuvo mucho tiempo de andarse en consideraciones de tal índole, porque casi al momento se vio derribado por los suelos Ada gritó desesperadamente. La muchacha fue presa fácil para uno de los esbirros, el cual la sujetó fácilmente, en tanto que los otros cinco se las entendían con el joven.

En el primer momento, la reacción de Alan fue completamente maquinal y humana: usar sus puños y sus piernas, con lo cual consiguió derribar a uno o dos de sus antagonistas. Pero luego, en tanto que forcejeaba para evitar ser reducido, recordó que poseía algo más poderoso que sus miembros físicos.

Lanzó un dardo mental y uno de los sicarios se desplomó como una masa. Solamente desmayado, porque Alan no quería matar si no era en caso extremo y sabía que aquellos individuos sólo

trataban de hacerle prisionero.

Otro se derrumbó un segundo más tarde y un tercero siguió su camino. Pero, súbitamente, algo se estrelló con terrible fuerza contra su cráneo y perdió el conocimiento. Sus músculos se relajaron y su mente dejó de funcionar.

* * *

Se despertó con un horrible dolor en el lugar donde había recibido el golpe. Se pasó la mano por la región afectada, hallándola hinchada y sensible al tacto. Un sordo gemido se escapó de sus labios antes de que pudiera contenerlo.

Vagamente advirtió que estaba echado sobre un lecho confortable. Abrió los ojos y vio las desnudas paredes de una gran habitación, aparentemente metálica, muy relucientes, sin puertas ni ventanas de ningún género a juzgar por la primera impresión recibida.

Se sentó en la cama y el dolor aumentó. Entonces concentró su mente en el sitio golpeado y poco a poco la hinchazón se redujo y el dolor acabó por esfumarse. Entonces se sintió mucho mejor.

Saltó del lecho, examinando con más atención el lugar en que se hallaba. Salvo la cama, no había ningún otro mueble ni objeto que pudiera indicarle la menor pista acerca del sitio a donde le habían conducido sus secuestradores. Sonrió al pensar en el medio tan elemental que habían usado para reducirle; el único capaz de combatirle en aquellos momentos, siempre que se dispusiese de una décima de segundo para poder ejecutar tal acción.

Luego proyectó sus dardos mentales fuera de la habitación, escrutando detenidamente cuanto le rodeaba. Respingó al darse cuenta de que se hallaba nada menos que en su propia casa de Los Angeles.

¡Pero él no había tenido nunca aquella habitación! ¿Alguien había ordenado construir semejante estancia, un cubo de metal, sin la menor entrada o salida? ¿Quién se había tomado semejantes libertades?

Un sentimiento de ira le hirvió en el pecho. Crispó sus manos y avanzó hasta situarse en el centro de la habitación. ¿Y Ada? ¿También se la habían quitado? ¿La habían suprimido igualmente…

lo mismo que a Crystela?

Por un instante estuvo tentado de utilizar los fabulosos poderes de que disponía. Podían encerrarle bajo siete llaves, pero él poseía la forma de huir sin que nada ni nadie pudiera impedírselo. Sin embargo, pensó que debía aguardar a que alguien fuese a verle. Éste sería, seguramente, Hickens, y entonces, frente al agente de la Psicopolicía, tendría la explicación que tanto deseaba.

Mientras tanto, y para entretener la espera, aguzó su percepción visual, examinando detenidamente cada centímetro cuadrado de la superficie de los muros, sin encontrar en ellos el menor indicio que pudiera indicarle la existencia de una puerta o una ventana. Comprobó que, efectivamente, los muros eran de acero puro y que para abrirse paso a través de ellos por medios ordinarios se necesitaría una tremenda carga de dinamita o algún explosivo similar. Pero entonces ¿cómo le habían llevado hasta allí? Porque no creía haber estado durmiendo todo el tiempo necesario para construir aquel cubo de metal en torno de él… ni tampoco creía que le fueran a matar de hambre o de sed, ya que entonces no se hubieran molestado en disponerle un lecho tan cómodo como aquél en que había descansado hasta entonces. ¿Qué misterio encerraba aquel cubículo de acero?

Sin embargo, él podía estar sujeto, o al menos así lo creían sus enemigos, pero no podían atar su mente. Y la hizo funcionar, explorando el espacio contiguo a la celda, de modo cuidadoso, sin que sus investigaciones le condujeran a nada práctico. La habitación estaba situada en su casa, en una excavación practicada bajo la misma, pero hacia la parte posterior, de modo que no coincidía exactamente con la base del edificio.

Aquello era completamente nuevo y había sido construido en su ausencia. ¿Para qué? ¿Con qué objeto? ¿Quizá para cuando le aprehendieran tenerle sujeto, de modo que no pudiera intentar nada contra ellos? Pero ¡qué ilusos eran! Todavía no conocían todos los poderes de que disponía y en el momento en que se enfrentase con alguien a quien poder manifestárselo sin rebozos, se lo haría, no solamente saber, sino ver también.

El tiempo pasó lentamente. Alan empezó a cansarse y, para distraerse, quiso hacer una prueba.

Se acercó a una de las paredes y apoyó su mano en ella.

Concentró todas sus fuerzas. La habitación desapareció de su vista y, como aquel día en la hamaca, disoció los átomos.

Los átomos de su mano se filtraron a través de los del acero. Lentamente, el miembro fue pasando al otro lado, hasta desaparecerle el brazo casi por completo. Después, invirtió la operación y tornó el miembro a su estado primitivo.

Todo volvió a quedar como estaba y Alan sonrió satisfecho. Nada, nada podrían sus enemigos contra él. En el momento en que lo deseara, entonces mismo si fuera preciso, podría esquivarlos con toda facilidad, dejándolos con un palmo de narices. No habría muros, por espesos que fueran, que pudieran detenerle.

Sin embargo, prefirió esperar. Tenía que ver antes al causante de todo lo que le estaba sucediendo. Quería saber lo que pasaba, qué había sido de Crystela, qué suerte había corrido Ada… muchas cosas, que sólo podría conocer hablando con él. ¡Y había tanto de qué hablar!

Súbitamente, percibió la presencia de una mente muy próxima a la suya.

Todos sus sentidos se alertaron al máximo. De un modo quizá inconsciente, se plantó en el centro de la estancia. Quería una cosa, una vez conocida la cual, podría conocer la ventaja de que disponía.

El individuo continuaba acercándose. Alan retrajo su mente, no queriendo señalarse demasiado. Mas, a pesar de todo, no pudo evitar seguir todos y cada uno de sus pasos.

¡Y a estaba allí!

¡Qué tonto! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

«A veces —pensó, mientras veía girar la cama a un lado, dejando ver un negro hueco—, las cosas más sencillas son las que menos se saben ver».

Un hombre subió por los peldaños de la escalera que había practicada en el hueco hasta entonces oculto por la cama. Era alto, delgado, casi esquelético, y estaba dotado de unos ojos de profunda mirada llena de magnetismo. Los dedos de sus manos eran larguísimos y parecían sarmientos retorcidos y resecos.

—¡Buenos días, Alan Kyne! —saludó el recién llegado.

Alan sondeó la mente de éste, hallándola ferozmente cerrada a toda intromisión ajena. Ajustó sus defensas cerebrales y se dispuso al duelo que inevitablemente habría de seguir a las primeras

palabras de saludo.

—¡Buenos días, señor Kornett! —dijo el joven.

Kornett agitó la mano y la cama volvió a ocupar su primitivo sitio, tapando el hueco. Sonrió, enseñando una doble hilera de desagradables dientes, amarillos y grandes como los de un caballo.

Alan conocía muy bien aquella sonrisa; era fama en la oficina que el señor Kornett sólo sonreía cuando iba a despedir a algún incauto que había incurrido en su enojo.

El recién llegado se sentó con aire negligente en la cama, en tanto que Alan continuaba en el mismo sitio. Sacó cigarrillos y ofreció uno al joven.

Alan aspiró el humo. No quiso hablar. Esperó a que el otro lo hiciese.

—Al fin nos hemos encontrado, ¿verdad? —dijo Kornett despaciosamente.

—Parece ser que sí —contestó Alan tranquilamente.

No quería excitarse ni tampoco prorrumpir en improperios; que su interlocutor se explicase primero.

—Ha costado mucho traerle hasta aquí, Kyne; pero al fin lo hemos conseguido.

—¿De verdad cree que no me hubieran podido traer antes, señor Kornett? —murmuró Alan, con un tonillo ligeramente burlón.

Kornett se echó a reír.

—Usted sabe perfectamente que sí, Kyne.

—Bien, y entonces ¿por qué han tardado tanto en hacerlo?

—¿Es que no se ha dado cuenta de ello?

Alan frunció el ceño. Apenas habían cambiado media docena de frases y ya empezaba a comprender parte del oscuro misterio que hasta entonces había permanecido casi oculto a sus ojos.

—Pedro García es uno de los suyos —dijo rencorosamente.

—¡Claro que sí! ¿Qué esperaba que fuera?

—Entonces, me dirá que todo estaba ya planeado hacía tiempo. Naturalmente, los inconvenientes que surgieron hasta que García pudo unirse a mí, fueron algo imprevisto para ustedes, quiénes, quizá, no se habrían esperado tanta resistencia por mi parte, ¿no es así?

—¡Oh, no, nada de eso! —respondió Kornett, con tono de absoluto convencimiento—. Por el contrario, todo estaba previsto.

En su caso, como en el de otros varios, sabíamos que existían dos posibilidades distintas: que aceptara unirse a nosotros a la primera o bien que rehusara. En uno y otro ya sabíamos qué era lo que teníamos que hacer.

—Muy bien —dijo Alan secamente—; y ahora que ya estoy en su poder, ¿qué es lo que piensan hacer conmigo?

—Antes —repuso Kornett muy despacio— quiero saber cuáles son sus intenciones.

—¿A qué intenciones se refiere?

—No se haga el desentendido —dijo Kornett con sequedad—. Demasiado sabe qué es lo que queremos de usted. Únicamente me interesa saber si está con nosotros o en contra nuestra.

—Más o menos, puedo darme cuenta de los inconvenientes que presenta el enfrentarme con ustedes; pero hasta ahora, nadie se ha molestado en explicarme las ventajas que obtendría uniéndome a ustedes.

—Es cierto. Y muy justo —contestó Kornett—. Nadie se lo ha dicho…, pero yo se lo diré. Usted, Kyne, solo, aislado, poco puede hacer, excepto alguna que otra demostración de sus fantásticas facultades mentales. Pero uniéndose a nosotros, podrá dominar el mundo. Todo cuanto desee lo tendrá, solamente con insinuar que lo quiere. Nada ni nadie podrá resistírsele y las gentes tendrán que obedecerle… aunque no lo quieran. El poder supremo será para usted y nadie podrá resistirle. Alcanzará usted puestos insospechadamente elevados; tendrá honores, riquezas… todo, absolutamente todo lo que desee, siempre, naturalmente, que se una a nosotros. ¿He de repetirle el viejo dicho «la unión hace la fuerza»?

Alan se acarició la mandíbula, en tanto pensaba furiosamente. En una o dos ocasiones percibió los sondeos mentales de que era objeto por parte de Kornett, pero tenía cerrada su mente a toda intromisión extraña y el individuo no pudo obtener ningún dato de valor.

Al fin dijo:

—Antes de contestar definitivamente en uno u otro sentido, quisiera hacerle algunas preguntas.

Kornett asintió.

—Muy bien; hágalas. Se las contestaré todas con mucho gusto.

—Primero: ¿es cierto que existe la Psicopolicía?

Kornett hizo un gesto vago.

—Existe y no existe. Quiero decir que no es un organismo oficial estrictamente hablando, sino un grupo de gente que está a nuestro servicio y que va tratando de descubrir a personas con tan formidables poderes mentales como el suyo, Kyne. Esto, sin embargo, es todavía un terreno particular, que un día se convertirá en oficial.

—Muy bien. Otra pregunta: ¿qué ha sido de Crystela Smith?

El gesto de Kornett se endureció.

—No quiero responderle, Kyne.

—¿Por qué?

—¡He dicho que no quiero responderle! —contestó Kornett de mal talante.

Una sonrisa de júbilo apareció en el rostro del joven.

—Su actitud le delata, amigo. Ustedes la secuestraron, pero ella consiguió escapar, aunque hasta el momento ha permanecido oculta para no ser hallada, cosa en lo que ha tenido más fortuna que yo. Bien, me alegro sinceramente, parecía una buena chica. Y ahora ¿dónde está Ada Rishant?

—La tenemos en lugar seguro. Ésta no se nos escapará.

—Ustedes la soltarán —dijo Alan con tono firme.

—¿Por qué? ¿Quién le autoriza para hacer semejante afirmación?

Alan dijo, serenamente:

—Yo, porque les obligaré a ello. Ahora ya sé quién es usted, Kornett. Hickens me habló de un jefe supremo. O fue la propia Crystela; es igual. Pero al fin le he conocido… y también sé cuáles son sus intenciones.

—¿De veras? —se burló el esquelético individuo—. Es usted muy listo, Kyne, sobre todo considerando que no ha podido franquear mis defensas mentales.

—Hay cosas que el más tonto adivinaría sin necesidad de mis poderes mentales. Usted, Kornett, me recuerda a cierto personaje que hace veintiún siglos hizo más o menos, lo mismo. «Todas estas cosas te daré si, postrándote delante de mí me adorares»[2]. Usted es un ambicioso que no busca más que el logro de sus apetitos personales, al precio que sea y sin reparar en los medios a emplear. Me estremezco tan sólo de pensar en lo que sucedería si el mundo

tuviera la desdicha de caer en sus garras. Instaurarían ustedes la tiranía más perfecta y más odiosa que el hombre ha padecido jamás en todas las épocas de su existencia. Pero no seré yo quien colabore con ustedes en tamaña villanía; antes procuraré combatirles con todas mis fuerzas. Y le aseguro que son muchas, Kornett.

Éste palideció.

—No sabe lo que se dice, Kyne.

—Por el contrario, jamás me he sentido tan lúcido, Kornett. Ahora ya comprendo por qué García me llevó a la cabaña de las montañas. Usted me ha estado estudiando desde hace mucho tiempo y sabe que yo puedo constituir una pieza vital en el mecanismo de total dominio que está tratando de montar. Allí en las montañas, bajo la invisible guía de García, terminaría de desarrollar mis formidables poderes y sólo cuando aquél considerase que mi «educación» estaba terminada, me hubiera permitido regresar a la ciudad. Pero ya hace tiempo que podía hacerlo, aunque García lo ignorase. Naturalmente, no soy tonto y me había dado cuenta de ello mucho antes. Ahora me voy a marchar de aquí y le dejaré solo, inerme, impotente para detenerme.

Alan se interrumpió un segundo para hacer una cortísima pausa de descanso. Se acercó a Kornett, el cual, al verle actuar, se levantó instintivamente.

—Voy en busca de Ada Rishant. Nos iremos de aquí y nos esconderemos. Y le voy a hacer una advertencia final. Puedo matar a un hombre con sólo desearlo. No lo he hecho hasta ahora, pero lo haré, en lo sucesivo, con todo aquel que me resulte sospechoso de pertenecer a su criminal organización. Y a usted también le mataré si persiste en acosarme, ¿estamos?

—No podrá huir de nosotros. Además —fanfarroneó Kornett—, no sabe dónde se encuentra la chica.

Alan se echó a reír.

—Podría hallarla ahora mismo con los ojos vendados. Pero se lo sacaré a usted.

—¿Cómo? ¿De qué manera? Usted no puede franquear mis defensas mentales si yo no lo quiero, Kyne.

—Hay un medio para ello y usted lo ignora. Se lo voy a enseñar… para que pueda utilizarlo en lo sucesivo. Es… ¡éste!

El puño de Alan chocó contra la mandíbula de Kornett con terrible fuerza. Alcanzado de lleno, el individuo emitió un hondo suspiro, cerró los ojos y se desplomó como una masa inerte.

Alan se inclinó ligeramente hacia él. Tal como había previsto, la mente de Kornett estaba ahora absolutamente indefensa y la pudo sondear a su gusto. Confirmó la hipótesis que se había formado acerca del lugar en donde se hallaba la muchacha, después de lo cual, dio media vuelta y se dirigió al muro más próximo.

Capítulo X

ada vez le costaba menos hacer las cosas. Le bastaron cinco segundos para el período de concentración y conseguir disociar todos los átomos de su cuerpo, a los cuales impartió trillones de órdenes individuales. Cada uno de los átomos se deslizó por entre los intersticios que había entre los del muro de acero y pasó al otro lado, después de lo cual, les ordenó reunirse adecuadamente y ocupar cada uno su sitio habitual, con lo que su cuerpo recobró la forma perdida durante una décima de segundo.

Se dijo que con un adecuado entrenamiento podría hacer las cosas instantáneamente. Aquello le había costado unos quince o veinte segundos, lapso que, en según qué circunstancias, podría constituir una desagradable pérdida de tiempo. Procuraría hacerlo más rápido en lo sucesivo.

Se encontró en el sótano de su casa. Subió al piso superior y de aquí salió a la calle, caminando hasta encontrar un helitaxi.

—Alvarado dos mil ciento cincuenta y seis —dijo, y el conductor asintió.

El vehículo se elevó, recorriendo rápidamente la distancia que le separaba del edificio indicado. Al detenerse junto a la acera, Alan alargó la mano.

—Guárdese la vuelta —dijo.

—Gracias —contestó el taxista, embolsándose un dinero imaginario.

Alan sonrió al pensar en la cara que pondría más tarde, al darse cuenta de que le faltaba el importe de aquel viaje. Pero le habían despojado de todos sus efectos y no le había quedado otro remedio que sugestionar al taxista, haciéndole creer que le pagaba, con el fin de evitar enojosos incidentes.

Cruzó la acera y se encaminó al ascensor, llegando en pocos momentos al piso en donde ya había estado una vez. Mientras que lo hacía, tendió sus dardos mentales, explorando el terreno, y halló un cerebro con un pequeñísimo resquicio de vigilancia, sin duda para poder recibir y emitir mensajes de Kornett. Sonrió duramente al pensar en la sorpresa que le iba a proporcionar al dueño de aquella mente, y retiró inmediatamente todas las sondas que había lanzado.

No se molestó en abrir la puerta, sino que la atravesó de la misma forma que había hecho con el muro de acero.

García respingó al verle allí.

—¡Hola! —exclamó—. ¿De dónde sales, Alan?

—No hagas preguntas idiotas, Pedro. Demasiado lo sabes tú.

—No entiendo lo que quieres decir, Alan.

El joven hizo un gesto de fastidio.

—Mira, Pedro, lo mejor será que pongamos las cartas boca arriba. Tienes a la chica en la habitación vecina, ¿no es así?

García se humedeció la lengua con los labios. Apretó los puños.

Alan captó al instante lo que García estaba haciendo. Se echó a reír.

—Puedes enviarle todos los mensajes que quieras, aunque dudo mucho de que los reciba. Al menos en forma conveniente para ti. Está desmayado… y no por una orden mental, sino por un puñetazo completamente físico. Ahora ya os he conocido y sé qué es lo que andáis buscando. Pero puedo añadir que no lo conseguiréis en lo

que a mí respecta. Ni tampoco con Ada.

García extendió las palmas de sus manos, completamente húmedas.

—Te aseguro, Alan…

Éste hizo un gesto de indiferencia.

Dijo:

—No sigas, es inútil. Podrías engañar a otro cualquiera, pero no a mí. Entre nosotros no caben subterfugios y tú lo sabes. Tengo que estarte muy agradecido, sin embargo, por todo cuanto has hecho por mí en estos tres meses pasados en la cabaña. Pero ello no debe obligarme a unir mi suerte a la vuestra. Me repugna profundamente lo que queréis hacer y, en tanto que dependa de mí, trataré de destruir vuestros planes.

García se enderezó. La mirada amistosa había desaparecido de sus ojos.

—Podemos destruirte si lo queremos, Alan Kyne.

No serías él primero…

—¿De veras? —se burló el joven.

Hizo un esfuerzo y levantó a García súbitamente en el aire, manteniéndolo suspendido a un metro del suelo.

—¿Cómo contrarrestarías esto? —preguntó.

García hizo un desesperado esfuerzo para bajar, sin conseguirlo.

—¡Suéltame! —dijo frenéticamente.

En lugar de ello, Alan le hizo dar media vuelta, poniéndole la cabeza boca abajo y los pies para arriba. García chilló, pero éste era el único movimiento que Alan le permitía hacer.

—Me voy a llevar a Ada conmigo. Y te advierto que no quiero que nadie nos moleste. Voy a asegurarme, al menos en lo que de mí depende. ¡Arriba!

Chillando como un poseso, García ascendió, pegando sus pies al techo, en donde quedó, sin poder moverse, pese a sus esfuerzos mentales. Trató de influenciar el cerebro de Alan, pero sin conseguir nada práctico.

El joven tendió una sonda mental, hallando al instante a Ada en la habitación vecina. Fue hacia ella sin molestarse en abrir las paredes.

La muchacha abrió unos ojos como platos al verle aparecer de aquélla tan fantástica manera.

—¡No! —chilló despavorida—. ¡No puede ser! ¡Estoy soñando!

—No sueñas —dijo Alan, sonriendo para tranquilizarla. La levantó de la silla en que estaba, pero con las manos, y pegó sus labios a los de ella—. ¿Es esto un sueño, querida?

Ada sonrió a través de sus lágrimas.

—Es la realidad más hermosa que he visto en mi vida —declaró.

Alan la depositó nuevamente en el suelo. Entonces reparó en las ligaduras que la sujetaban, de tal manera que literalmente impedían dar un solo paso a la muchacha.

Hizo un esfuerzo y las cuerdas cayeron al suelo. Ada le miró, maravillada.

—¡Dios mío! Alan, ¿qué es eso? ¿Eres un mago acaso?

El joven sonrió.

—Te lo explicaré más adelante. Ahora tenemos que irnos de aquí. Supongo que querrás venir conmigo, ¿no es cierto?

—Iré donde tú me lleves, querido. Aunque fuera al fin del mundo.

—No llegaremos tan lejos. ¡Vamos!

Pero de repente, ella se detuvo, con el temor pintado en sus lindos ojos.

—¡Alan! ¡Está García!

—No te preocupes por él —rió el joven—; no puede causamos el menor daño. Ven conmigo.

Salieron a la habitación contigua por medios ordinarios. La muchacha lanzó un grito de susto al ver a García, el cual continuaba pegado por los pies al techo, como si fuera una mosca.

—¡Alan! ¡Me voy a volver loca! ¿Qué hace ese hombre ahí arriba?

—Ya lo ve usted, Ada —declaró García con amargura—. Divertirme.

—Está bien —sonrió el joven de mala gana—. Le bajaré de ahí, aunque bien sabe Dios que me gustaría dejarle una buena temporada.

Hizo descender a García, aunque sin hacerle cambiar de postura, hasta tenerle a unos pocos centímetros del suelo. Entonces aflojó su presión mental y el individuo cayó, golpeándose la cabeza con sonoro coscorrón.

García rodó por el suelo y luego se levantó, frotándose la cabeza

en el lugar afectado por el golpe.

Alan dijo, sonriendo:

—Y ahora, amigo mío, te vas a quedar aquí hasta que venga Kornett y entonces le explicarás lo sucedido. Le dirás que nos hemos ido y le dirás también que no intente perseguirnos, porque entonces le destruiría sin piedad. Y a ti también, Hickens.

Ada lanzó un pequeño grito de susto. Sin poderlo evitar, se cogió al brazo del joven.

—¡Hickens! —exclamó.

Los ojos de García brillaron con furia asesina. Lanzó una descarga mental que, de haber cogido desprevenido al joven, le hubiera resultado fatal.

Pero era muy difícil vencer a Alan. Éste devolviendo el golpe, lanzó a García-Hickens contra la pared frontera, contra la cual se golpeó fuertemente el esbirro.

—Todo ese tiempo que he estado contigo en la cabaña supe quién eras. No quise delatarme, para averiguar qué era lo que pretendíais hacer conmigo. Ahora ya lo sé. Y desde aquí os anticipo que nunca, ¿lo oyes?, nunca estaré con vosotros.

—¡Entonces no estará con nadie! —exclamó en aquel instante una voz.

Alan se maldijo por su propio exceso de confianza. Cerró herméticamente todas sus defensas, al mismo tiempo que giraba sobre sí mismo.

Rechinando los dientes de rabia, Kornett había aparecido súbitamente ante él, con los ojos brillándole como brasas, dispuesto, al parecer, a acabar con su vida.

—Todo el que no está con nosotros está contra nosotros —dijo Kornett—. Y no podemos tolerar voluntades desobedientes, Alan Kyne, de modo que… ¡lo voy a matar!

—¿De veras? —se burló el joven—. ¿Y de qué manera?

—Ahora mismo lo va a ver. ¡Hickens, ayúdeme!

¡Este individuo tiene que morir!

Alan vio a Kornett que se lanzaba contra él y se preparó al contraataque. Pero la ofensiva de Kornett se desarrolló de muy distinta manera a la que él esperaba.

Los últimos ejercicios le habían procurado una agilidad mental que le hizo responder inmediatamente al ataque de Kornett. Éste no

trató de golpearle por medios físicos, sino que lo hizo utilizando al máximo todas las potencias de su mente.

Los átomos de Kornett se entremezclaron con los suyos, tratando de desintegrarlos. Una serie de intolerables dolores invadió todo el cuerpo del joven cuyo cerebro luchó desesperadamente contra el formidable poder que amenazaba destruirle.

Forzó su mente, subdividiéndola en miles de trillones de partículas, cada una de las cuales emitía una sola orden. Los dos organismos se habían mezclado, superponiéndose atómicamente, y en su interior, los más minúsculos componentes de un cuerpo físico, luchaban ferozmente entre sí, como seres dotados de inteligencia y capaces de matar o de morir.

La luz desapareció de los ojos del joven. Una infinita negrura, opaca y silenciosa, le rodeó por completo, aislándole totalmente de todo cuanto le rodeaba. La tensión de su mente se elevó a límites increíbles.

Súbitamente, un estallido atroz hirió su cerebro. Fue como si un mazo gigantesco golpease un gongo de proporciones descomunales, el tañido de una campana del tamaño de la Tierra. Pero fue la señal del fin.

Retrocedió dos o tres pasos, vacilante, cubierto de sudor de pies a cabeza. La luz había vuelto.

Miró en torno suyo. No se veía el menor rastro de Kornett.

Excepto un montón de ropas arrugadas y fláccidas, que yacían de modo patético sobre la alfombra del pavimento. Todo lo demás había desaparecido por completo.

Un grito hirió sus tímpanos, y el grito le reconfortó notablemente, porque era una cosa puramente física.

—¡Alan!

Se volvió. Ada estaba frente a él, muy pálida, pero sonriendo dichosa.

Abrió los brazos y la muchacha se refugió en ellos.

—¡Oh!, Alan —murmuró ella, aún estremecida—, ¡qué lucha tan horrible! Creí…, creí que no ibas a poder sobrevivir. Cuando vi que Kornett fundía su cuerpo con el tuyo, temí por tu suerte.

—Afortunadamente, no ha resultado así —sonrió el joven, dándose cuenta de que sus preocupaciones estaban terminándose. De pronto frunció el ceño—: ¿Y Hickens?

Ada no dijo nada.

Ella miró hacia un rincón de la estancia en donde se veía otro montoncito de ropas. La vista de Alan siguió la dirección de la mirada de la joven y luego volvió su rostro hacia el de ésta.

—Has sido tú, Ada —exclamó, acusador.

Ella asintió.

—Tuve que hacerlo, amor mío. De lo contrario te… te hubieran vencido.

Un confuso torbellino de ideas invadió la mente del joven.

—Pero… pero… ¿cómo has podido hacerlo? Tú no…

Ella se separó un paso y le miró sonriendo. Quedó frente al joven.

Dijo, dulcemente:

—Mírame, Alan.

Éste hizo lo que le decía. Súbitamente, el tono pálido de la muchacha empezó a desaparecer, convirtiéndose en uno tostado, al mismo tiempo que los cabellos perdían su negrura, adquiriendo un brillo áureo. Sus pupilas se aclararon y tomaron un color gris que Alan recordaba muy bien, a pesar de haberlas visto sólo una vez.

Sin poderse contener, Alan retrocedió un paso.

—¡Crystela! ¡Eres tú!

Ella avanzó.

—La misma —dijo, sonriendo deliciosamente.

Alan se pasó una mano por la frente, que le ardía. Ahora empezaba a comprender por fin las cosas.

Sintió que Crystela le tanteaba la mente, pero no hizo el menor esfuerzo por impedírselo. La muchacha supo al instante lo que pensaba.

—Ciertamente, así es, Alan —dijo.

Él intentó decir:

—Pero…

Crystela le interrumpió:

—¡Tonto! Necesitábamos de ti. Nosotros somos la Psicopolicía. Vic Martin y muchos otros, quienes combatimos a seres como Kornett y Hickens, que tratan de utilizar sus fabulosos poderes psíquicos para fines propios.

—Entonces —murmuró el joven, atónito—, me habéis estado usando como cebo.

Ella dijo:

—¿Y qué es lo que hacían Kornett y Hickens? Todos necesitábamos de ti, es decir, de tus facultades. Ellos, para conseguir lo que tanto ambicionaban. Nosotros, para impedírselo.

Alan preguntó:

—Pero ¿cómo has conseguido engañarlos, y engañarme, durante tanto tiempo?

Ella sonrió al decir:

—En primer lugar, variando mi aspecto físico. Y después, abriendo mi mente de par en par.

—¿Eh? No lo entiendo.

—Es cuestión de costumbre y de hábito, pero se llega a conseguir. Si se corren las cortinas mentales de defensa, entonces el enemigo sospecha. Pero si se deja el cerebro completamente libre al examen adversario, entonces pueden eliminarse, tranquilamente, todos los pensamientos que se refieren a él. Como te ocurrió a ti cuando me sondeaste recién llegada a la cabaña.

—Es… algo fabuloso, increíble, Ada…, perdón, Crystela.

—Ellos te enseñaron mucho, pero nosotros te enseñaremos más todavía. Una de las cosas, sin embargo, que no necesitas aprender, porque tú mismo lo piensas así, es que los poderes de la mente, los de la percepción extrasensorial, sólo deben usarse en casos muy extremos y siempre con fines benéficos, nunca en provecho propio y menos para tratar de dominar a la Humanidad. ¿Te imaginas lo que sucedería si existiera una pandilla de individuos sin escrúpulos que pudieran influenciar a su gusto las mentes de los demás?

Alan se estremeció.

—No me lo recuerdes, por favor. Bastante he pasado y… Oye, ellos tenían una serie de cómplices.

—La mayoría están a buen recaudo. Otros, al faltarles sus jefes se esconderán. Pero eran gente de medio pelo. No había ninguno con tus facultades. De lo contrario, ¿crees que se te habrían originado todas estas molestias?

—Desdé luego que no —suspiró el joven—. Y ahora —preguntó —, ¿qué haréis conmigo?

—Nada.

—¿Eh? —se extrañó Alan.

—Digo que nada, porque tú eres una persona de rectos

sentimientos y no tememos en absoluto que hagas mal uso de tus poderes. Acaso algún día te pidamos ayuda, pero…

Alan meneó la cabeza.

—Si lo haces tú… Pero, vamos a hablar mejor de otra cosa, querida.

—¿De qué, Alan?

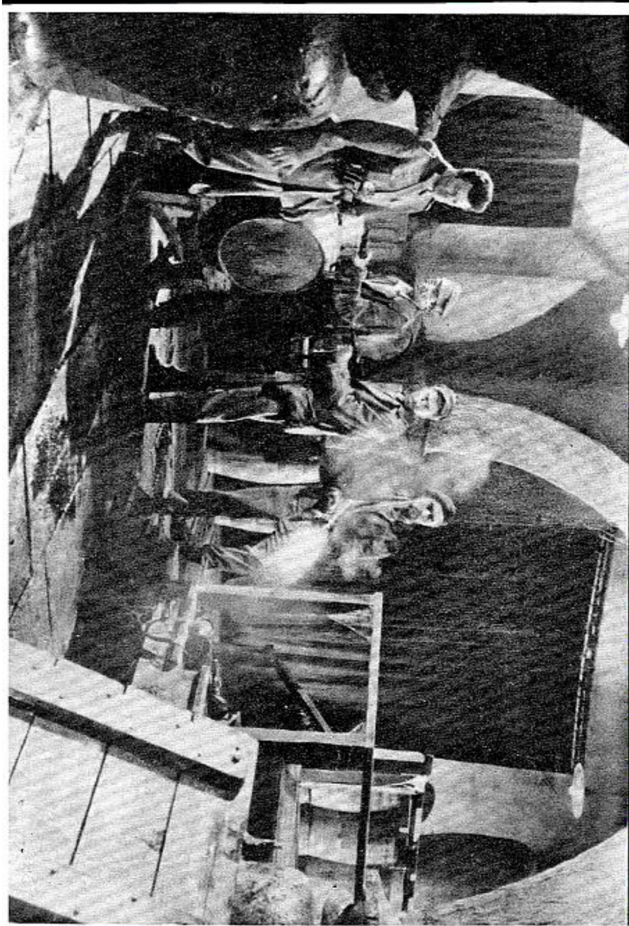
El joven se echó a reír.

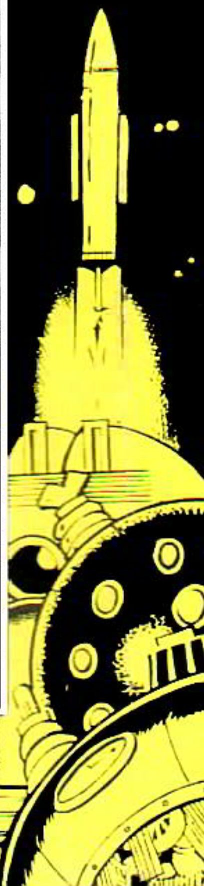
—Te dejo que penetres en mi mente.

Ella lo hizo así y al instante lanzó un grito de alegría. Rodeó con sus brazos el cuello del joven y susurró:

—Cuando tú quieras, amor mío.







Escena de «GUANTES GRISES» de
(WARNER BROS)

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos



LUIS GARCÍA LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] Esta oración estaba incompleta. Error de imprenta. La arreglé para que tuviera algún sentido en la continuidad del relato (Nota del Corrector). < <

[2] Mateo, IV, 9. < <